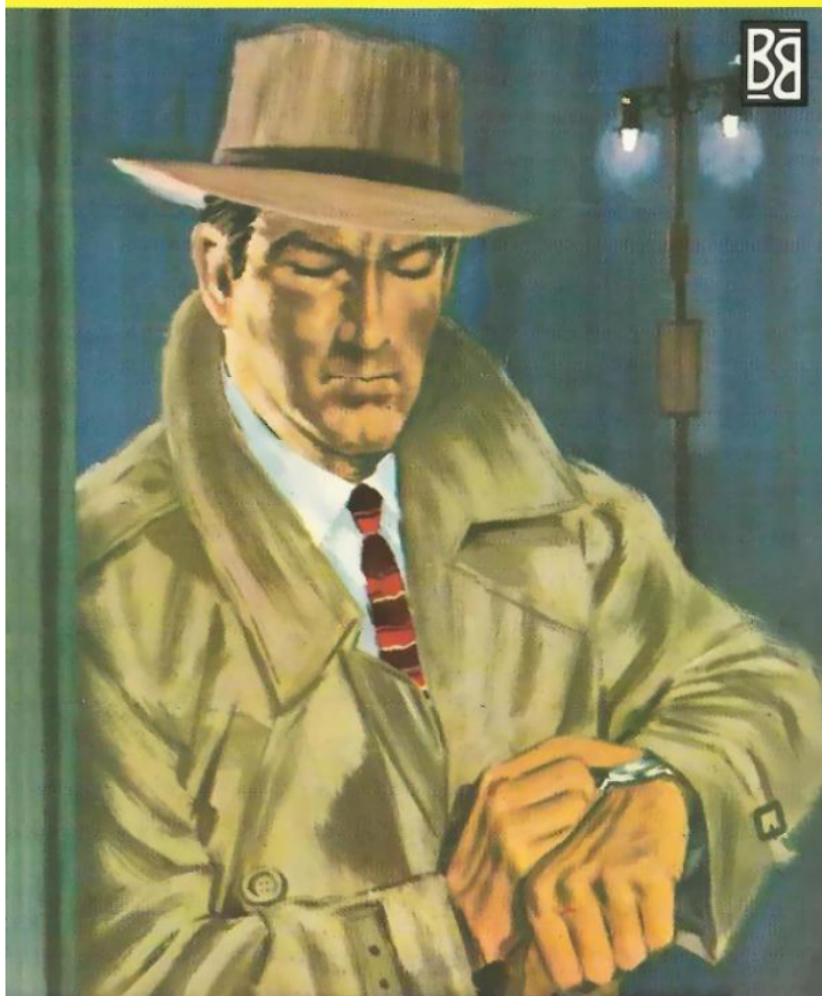
SERVICIO SECRETO

Pasaje al infierno

peter kapra




ALICIA
SHELWIN
PHILLIP
KAWERA



PETER KAPRA

PASAJE PARA EL INFIERNO

SERVICIO SECRETO n.º 843
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25.527 - 1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1966

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El taxi, procedente de Grand Central Station, sorteaba el tráfico envuelto en la fosforescencia que irradiaban los anuncios luminosos de la metrópoli.

Nueva York, en esa hora intermedia del crepúsculo, era una amalgama indescriptible de ruidos, voces, claxons, silbatos y chirrido de frenos, cuando el caucho araña el asfalto.

Se trataba de un «yellow-cab», conducido por un hombre maduro, sonriente y hablador, quien, con un cigarrillo colgando de los labios, medio vuelto en su asiento, dialogaba con el pasajero.

En Unión Square, un reloj luminoso marcaba las siete y treinta.

El pasajero, escuchando al taxista, consultó su reloj.

—No crea que es fácil hallar un taxi en Central Station cuando llega el expreso de Chicago… Usted tuvo suerte, señor. Era su esposa aquélla, ¿verdad…? Simpática como una recién casada. ¿Californiana…? Se le nota en el acento. Pareció quedarse algo triste a la puerta del Marylebone Hotel… Aún falta un poco hasta Cooper Park. Negocios, ¿eh? Allí viven muchos peces gordos, gentes de la City…

—¡Por favor, atienda al cruce! —suplicó el pasajero, al ver aparecer la luz roja.

Se aferró al pasamano y se balanceó en el asiento cuando el locuaz conductor frenó casi en seco. Luego, suspiró, resignado.

El taxista continuó:

—No tema. Conozco bien, estas calles. Son quince años al volante y un solo atropello. ¡Fue culpa del endiablado chico que se arrojó bajo las ruedas! Todo el mundo lo vio. Yo jamás pierdo la serenidad.

El cambio de luces interrumpió la charla y el coche volvió a salir, sorteando los otros vehículos con indudable maestría.

Minutos después, al llegar al puente de Brooklyn, otra nueva

riada de coches contuvo los ímpetus del chófer. Pero, al atravesar el célebre colgante, hacia Long Island, aceleró otra vez, adentrándose por las casi solitarias avenidas del aristocrático barrio de Cooper Parle.

En Morgan Avenue existían algunas residencias de enarenados senderos y rodeados de jardines, que, a través de las metálicas verjas o los recortados setos, se alistaban al fondo con sus grandes ventanas iluminadas.

Cerca de Grand Street había una especie de finca señorial, rodeada de jardín, con un bosquecillo bien cuidado a su derecha, detrás de un muro bajo de ladrillos.

El taxista detuvo el coche ante la verja.

—Ya hemos llegado, señor.

—Bien. Entre por el sendero hasta las escalinatas.

—«*Okay*». —El taxista se llevó la mano a la gorra. Después viró con destreza y penetró por la alameda. El pasajero volvió a consultar su reloj, que en aquel momento marcaba las ocho menos cuarto.

—Pare aquí y espéreme. Regresaré antes de diez minutos.

Luego, el hombre salió y, con paso elástico, subió las escalinatas hasta la puerta principal. Por su parte, el taxista se inclinó sobre el volante y extrajo un paquete de cigarrillos.

Vio a su cliente pulsar el timbre de la puerta y escuchó el sordo zumbido en el interior de la lujosa mansión. Se colgó un pitillo de los labios. Lo encendió y expelió el humo.

El timbre volvió a sonar.

—No contesta nadie —exclamó el hombre llegado de Chicago—. ¡Vaya un fastidio!

El taxista le vio apoyarse en la puerta y ésta se abrió hacia adentro, mostrando el negro hueco que daba al vestíbulo.

El hombre se volvió sorprendido y miró al taxista. Luego, miró arriba y abajo de la fachada del edificio y, por fin, perplejo, y como quien adopta una audaz decisión, penetró en la casa.

Para Isie Malpole, el taxista, la única preocupación era que su cliente regresara cuanto antes. Precisamente, en aquella hora, solía tomar un «sándwich» en «Mac's», su bar favorito.

Pero estaba del diablo que Isie Malpole no podría ir aquella noche a departir con Jannet Mac, pues, casi al instante mismo en

que su cliente hubiera desaparecido en el oscuro vestíbulo, llegó a sus oídos una detonación.

Isie se envaró.

En el acto, el hombre apareció en la puerta. Su voz sonaba alarmada, al preguntar:

—¿Ha oído usted? ¡Ha sido como un disparo!

—¿Un disparo…? ¿Qué…? —Al taxista se le desprendió el cigarrillo de los labios.

—Parece haber sonado en la parte posterior de la casa.

Isie bajó del coche y se acercó a la escalinata. Había captado el temblor de la voz de su pasajero, quien movía las manos con nerviosismo y no estaba muy firme sobre sus pies.

Aquel hombre, vestido como un viajante, miraba alternativamente a Isie y a la puerta de la casa. De pronto, extendió la mano y señaló hacia el jardín, en dirección al bosquecillo de pinos.

—¡Mire…! ¡Alguien se aleja corriendo…! ¿No lo ve?

Isie Malpole estaba viendo en aquel momento más fantasmas, visiones y alucinaciones de las que pueden darse en una horrible pesadilla. Pero no le fue difícil, pese a lo oscuro del lugar, percibir la sombra que el otro le indicaba.

—¡Y parece una mujer!

—Yo diría que es un espectro —añadió el taxista.

El hombre bajó rápidamente del porche y se acercó al taxista, el cual, en su excitación, se le agarró al brazo con nerviosismo.

—No nos quedemos parados aquí como dos estúpidos —agregó el hombre—. Vayamos a ver qué ha ocurrido. En la casa no parece haber nadie… Y es raro. Me esperaban. ¡Venga conmigo!

Isie encontró aquella sugerencia más acertada que la de permanecer sólo junto al taxis.

Se encaminaron hacia donde creían haber visto a la mujer corriendo. Pero allí la oscuridad era más profunda, lejos de los faroles que alumbraban la entrada, y el sobrecogimiento hizo detenerse a los dos hombres.

—No se ve nada —apuntó el viajero—. Sigamos.

Llegaron hasta la misma esquina del edificio. Pese a la oscuridad, pudieron atisbar una escalinata y una especie de terraza de cemento que corría hacia la parta trasera de la casa. En la

fachada lateral había varias puertas-ventanas, estilo francés.

—¿No sería mejor volverse y avisar a la policía? —sugirió el taxista—. Debe existir algún «cop» por las cercanías… ¡El disparo y este silencio no me gustan nada!

—Calle y venga… Allí creo que hay una puerta abierta.

Se desprendió el hombre de la mano del taxista, que le sujetaba trémulo su brazo, y avanzó unos metros sobre la terraza. El otro, temeroso de quedar solo, suspiró y le siguió.

Al momento, Isie oyó exclamar al otro:

—¡Cuernos…! ¿Qué es esto?

Le vio agacharse y recoger algo del suelo.

—¿Qué…?

—¡Es una… pistola!

—He tropezado con ella… ¡Esto ya no me gusta! ¡Mire, chófer, yo me vuelvo y allá se las arregle la policía! ¡Vámonos pronto de aquí!

Isie Malpole aceptó encantado la sugerencia y ambos retrocedieron hacia la fachada del edificio.

Cuando se detuvieron, jadeantes, junto al taxi, Isie miró a lo que su cliente tenía en la mano y exclamó:

—¡La pistola, señor!

El hombre miró el arma que sujetaba del cañón y la soltó como si, de repente, se hubiese convertido en un objeto incandescente, tirándola al suelo, sobre la grava.

—¡Oiga, amigo; no perdamos la cabeza! Confieso que estoy algo nervioso. El señor Maxwell me esperaba. Pero… ¡Aquí parece que ha habido ladrones!

—Vayamos a buscar a la policía. Y si le parece mejor, me paga la carrera y me largo ahora mis…

Isie Malpole se interrumpió. En aquel instante, un automóvil entraba por la alameda y sus potentes focos cegaron momentáneamente a los dos hombres.

Se trataba de un gran turismo, color azul cielo, que se detuvo junto a ellos. Descendió un hombre de mediana edad, vistiendo un elegante abrigo claro.

—Buenas noches. —Examinó al taxista y luego se volvió hacia el otro—. ¿Viene a ver a Robín Maxwell?

—En efecto. Pero en la casa no parece, haber nadie. Algo ha

debido ocurrir.

—¡Hemos oído un disparo dentro de la casa! —intervino el taxista.

—¿Un disparo? ¿Dónde? —preguntó, incrédulo, el recién llegado.

—Ahí dentro… No parece haber nadie…

—Tiene que estar Maxwell. Estoy citado con él a las ocho.

—Yo también venía a verle. Vengo de…

—¿Quién es usted?

—Me llamo Potter y acabo de llegar de San Francisco. Como el asunto es urgente, vengo directamente de la estación. Sólo me he detenido en el Marylebone Hotel, a dejar a mi esposa.

—¡Ah, Potter! —exclamó el recién llegado—. Conozco su caso. Para eso venía yo también a ver a Robín Maxwell. Me telefoneó hace una hora. Soy su apoderado, Brian Lazitowsky… ¿Eh, qué es eso?

Mientras hablaba, el hombre del turismo azul había seguido el gesto tembloroso de Isie Malpole, quien señalaba la pistola que yacía en tierra.

—La liemos hallado en la terraza —explicó el que dijo llamarse Potter—. Creo que debemos llamar a la policía… He pulsado el timbre varias veces, pero no ha contestado nadie. La puerta estaba abierta. Entré y… ¡De repente sonó un disparo en el interior! ¿No fue así?

Isie Malpole, el aludido, asintió.

—Cierto —dijo—. Yo mismo…

Pero Lazitowsky atajó al taxista, diciéndole:

—¡Vaya usted en su coche a buscar a un agente! Usted, Potter, venga adentro conmigo… ¡No retroceda! ¿A qué tiene miedo? Tengo entendido que es un valiente.

—En los negocios, sí —contestó Potter. Y se rehízo, añadiendo —: Aunque si hay dentro algún ladrón, supongo que se habrá ido.

Malpole no perdió el tiempo en subir a su «yellow-cab», ponerlo en marcha y sortear el turismo de Lazitowsky, quien recogió la pistola y echó para atrás el cañón, haciendo saltar una cápsula vacía.

—Venga, sígame. —Lazitowsky empuñaba el arma con decisión.

Pegándose a sus talones, el trémulo Potter volvió a subir la

escalinata y entraron en el vestíbulo. Lazitowsky encendió la luz.

Casi sin mobiliario, el «*hall*» era amplio, adornado con cuadros, tapices y dos largos sillones ante una mesita. Una escalera de mármol rosa conducía al primer piso y a la derecha habían varias grandes ventanas abiertas por las que entraban los efluvios del jardín.

—Los domingos sale la servidumbre —comentó Brian Lazitowsky—. Pero Maxwell debía estar esperándome.

Apuesto a que se ha quedado dormido en la biblioteca. Venga… ¿No huele como a pólvora?

Cruzaron el «*hall*» y Lazitowsky empujó una gran puerta. Pero estaba cerrada por dentro, al parecer.

—¡Eh, Robín! ¿Estás ahí?

La llamada de Lazitowsky se perdió en la solitaria mansión.

—Por la parte de atrás me pareció ver una puerta de cristales entreabierta —observó Potter—. Correspondía a esta sala, aproximadamente. ¿Por qué no damos la vuelta?

—Espere. La puerta del salón comunica con la terraza. Venga.

Siempre empuñando el arma, Lazitowsky se acercó a la puerta contigua y, al tentar el picaporte, se abrió. Entró el hombre y dio la luz. Era evidente que conocía la casa al dedillo.

Sin apenas prestar atención al lujoso bar que había a la izquierda, los dos hombres cruzaron la estancia hacia una cortina de raso rojo que cubría la cristalera que comunicaba con la terraza.

La falleba se descorrió silenciosamente, accionada por Lazitowsky, y salieron fuera, a la terraza oscura. En efecto, la puerta contigua, correspondiente a la biblioteca, se hallaba entreabierta.

Sin embargo, al acercarse, vieron que la luz estaba apagada.

—Robin, ¿estás ahí? —preguntó Lazitowsky.

Nadie respondió.

En aquel instante oyeron el ruido del motor de un coche en la parte delantera de la mansión, seguido de la voz de Isie Malpole:

—¡Eh, señores! ¿Dónde se han metido? ¡Traigo un agente!

—Será mejor que esperemos a la policía —sugirió Potter—. No sé por qué, pero presiento que algo…

Lazitowsky, sin hacerle caso, penetró en la oscura biblioteca. Nada más entrar lanzó una imprecación, quizá por haber tropezado con algún mueble. Potter, desde la puerta, vio el débil resplandor de

la encendida chimenea.

Un instante después, Lazitowsky encendía una lámpara de pie.

—¡Cielo santo! —exclamó Potter, al mismo tiempo.

Lazitowsky se volvió, todavía con la mano en el interruptor, y palideció al ver el cuerpo tendido en el suelo, frente al sillón de cuero blanco, junto a la chimenea encendida.

Potter entró en la biblioteca precipitadamente.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Parece…!

—¡Robín! —gritó Lazitowsky.

Ambos se inclinaron sobre el caído, quien tenía los ojos abiertos y un siniestro orificio en la frente.

—¡Está muerto! —exclamó Potter, desmayadamente.

Se oyeron pasos en el vestíbulo, al otro lado de la cerrada puerta. Al instante gritó una voz autoritaria:

—¿Dónde están ustedes?

Brian Lazitowsky y Potter se levantaron al unísono, volviéndose hacia la cerrada puerta, en cuya cerradura colgaba una llave. Entonces se fijaron en el muro, entre dos estanterías de libros, donde había una caja de caudales empotrada en la pared, junto a una cortina descorrida… ¡Y la caja estaba abierta, mostrando su revuelto contenido!

En el suelo yacía un llavero sujeto a una cadena de oro.

Potter se dirigió a la puerta de entrada, donde llamaba el agente, y la abrió. Isie Malpole y un policía de uniforme estaban fuera, y le miraron interrogadoramente.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir el agente—. ¿Qué ocurre aquí?

El policía se detuvo, incrédulo, en el umbral y miró al pálido semblante de Lazitowsky. Luego, siguió con la mirada el gesto de éste, para terminar lanzándose raudo hacia la chimenea.

Potter convertido ahora en poste, ni siquiera le vio pasar por su lado.

—¿Qué? —preguntó Isie Malpole, acercándose a Potter.

Éste, como ajeno al mundo, y con el mismo aire que tendría un oráculo pagano, murmuró de modo impresionante, casi teatral:

—Han asesinado a Robín Maxwell… ¡Esto es mi ruina!

CAPÍTULO II

El Cuartel General de la Policía neoyorquina es una colmena que tiene el prestigio de funcionar aceleradamente. En aquel caso, fuese por el renombre de la víctima o porque la Brigada de Homicidios estuviese esperando la ineludible y fatídica llamada cotidiana, a los pocos minutos, la casa del millonario asesinado se vio invadida por la policía.

Un forense fue de los primeros en examinar el cadáver. Un fotógrafo de la División de Detectives, provisto de modernísimo «*flash*», empezó a tirar placas desde todos los ángulos, y varios agentes registraron el edificio con todo detalle.

Al mando de aquella «*troupe*» de hombres dinámicos e impasibles iba el teniente Horace Markham, tipo cachazudo, bajito, calvo y ventrudo, cuyo aspecto de deteriorada burguesía no restaba agilidad ni viveza a sus movimientos.

Además del equipo habitual, acompañaba a Markham su «dilecto discípulo», Phillip Kawera, el cadete de la Brigada, a quien el teniente profesaba un paternal cariño y a quien sus compañeros auguraban una brillante carrera, llamándole cariñosamente «tiralevitas», adulador y «pelota», por gozar de la privanza de Markham.

La verdad era que el vivaz teniente tenía una hija, tan fea y desgarbada como él, y que el buen padre había puesto sus ojos en Kawera como futuro yerno.

De todas formas, Phil estaba muy lejos de corresponder merecidamente a los halagos y atenciones de su jefe desde aquel sentimental y poco atrayente punto de vista. Aceptaba la «protección» del viejo Markham, pues a su lado aprendía lo indecible y cabía la posibilidad de saltar algunos puestos en el escalafón. Pero de Doris Markham, ¡ni hablar!

Ahora, sin embargo, Markham estaba en acción. Y, de momento,

su profesión ocupaba todo su mundo. Sin que esto fuese óbice para que, una vez resuelto el caso, se iniciasen de nuevo las invitaciones que tanto inquietaban a Kawera, en especial cuando Doris Markham se reclinaba en el clásico sofá y miraba a Phil a través de los cristales de diez dioptrías, bizqueando los ojos y haciendo sentirse al joven el más desdichado de los humanos.

Con un parpadeo, Horace Markham se hizo cargo del caso Maxwell.

Pasó, como un pequeño cacique, ante Potter, que yacía hundido miserablemente en un sillón del «*hall*», junto a un nervioso Lazitowsky y un sobreexcitado Isie Malpole.

Phillip Kawera fue quien miró a los tres hombres con más detenimiento, pero no dijo nada. Luego, teniente y discípulo desaparecieron en la biblioteca, donde se movían con cautela algunos agentes de la brigada.

Markham y Kawera salieron y entraron varias veces de la estancia donde yacía el cadáver, cambiando impresiones con unos y dando órdenes a otros, para, al fin, desaparecer por la puerta del salón-bar que comunicaba con la terraza.

Minutos después volvieron al «*hall*». Markham llevaba ahora la pistola hallada por Potter.

—¿Quién encontró esto? —preguntó.

—Yo, señor —contestó Potter, poniéndose en pie como impulsado por un resorte.

—¿Cómo se llama usted?

—Caryl Potter, señor.

Isie Malpole intervino, diciendo:

—Yo estaba con él.

—¡Cállese usted! —rugió Markham—. Aún no le he preguntado nada. —Y, volviéndose hacia Potter, continuó—: Me han dicho que la halló tirada en el suelo. ¿Dónde?

—Sí… Tropecé con el pie al poco de subir la escalera de la terraza.

—¿A qué fue usted allí? —Siguió machacando Markham.

—Nos pareció ver salir a alguien de la casa. No estoy muy seguro. —Potter dirigió una mirada suplicante a Malpole—. ¿No fue así, taxista?

—Sí, vimos correr a una mujer —replicó el otro.

—¡Que se calle le he dicho! ¿O es que está sordo…? ¿Qué más vio usted, Potter?

—No estoy muy seguro… Pero creo que fue una mujer.

—¿No está seguro?

—Pues… Seguro, no. Creí ver… Estábamos algo nerviosos.

Horace Markham dio media vuelta y se alejó, seguido del silencioso Kawera, quien, enfundadas las manos en los bolsillos de la trinchera, parecía sumido en hondas reflexiones.

Esta vez fueron a la biblioteca, de la cual salía el forense.

Luego, en el vestíbulo, aparecieron algunos agentes y periodistas, que preguntaban como si disparasen palabras con ametralladora.

Phillip Kawera asomó por la puerta de la biblioteca y gritó:

—¡Eh, chicos; dice el «boss» que ni media palabra todavía! —Cruzó Kawera el vestíbulo y tocó el brazo a un agente alto y fuerte, con cara de boxeador—. El viejo quiere que pongáis un velo entre estos dos hombres.

El aludido asintió con la cabeza.

—¡A ver, díganme sus nombres y domicilios! ¡Vosotros, atrás y esperad a que os toque el turno! —Esta última exclamación iba dirigida a los periodistas.

Los tres testigos dieron sus señas al fosco agente quien las apuntó en una libreta.

—Ahora se separarán ustedes y no cambiarán palabra hasta que el teniente Markham lo ordene. Él es quien dispone. Aunque no teman, es puro trámite.

—Muy bien —respondió Brian Lazitowsky.

El taxista se encogió de hombros. Pensaba en su «sándwich» y en la jarra de cerveza que le debía haber servido Janna Mac. Pero se sorprendió de no sentir hambre. Ignoraba que el miedo y el nerviosismo crear inapetencia.

Caryl Potter fue el único que protestó.

—Me espera mi esposa. ¿No podría telefonearle? —No lo sé. Depende del jefe. Hablaré con él.

El «púgil» fue a la biblioteca, tras hacer una seña a tres agentes, cada uno de los cuales se encargó de un testigo. Uno de ellos se llevó a Potter al salón-bar, otro se quedó con Lazitowsky en el sillón del «*hall*», mientras el tercero acompañaba a Isie Malpole al jardín.

Al mismo tiempo, Markham y Kawera examinaban la biblioteca.

—Mira, Phil —decía el teniente—, aquí estaba Maxwell bebiendo su «*whisky*». —Indicó el sillón tapizado de cuero blanco, junto a la chimenea. Al lado había una media y, junto a ella, caído en el suelo, un vaso roto—. El asesino entró por la puerta de la terraza y hablaron…

—¡No se abre una caja de caudales así como así! Maxwell conocía a su visitante y debió darle algo, dinero o documentos. Es de suponer que lo haría voluntariamente.

—Jefe, ese Potter quiere telefonear a su mujer —interrumpió el agente con cara de boxeador.

—¡Eres un imbécil, Black! ¡Dile a Potter que telefonee con un cuerno!

—Está bien, jefe —contestó el grandote, sin inmutarse.

—¿Dónde estábamos, hijo? —preguntó Markham a Phil.

—Maxwell debió dar algo a un visitante. Eso no quiere decir que sea el asesino.

—¡Hum! Me has pisado el rabo. Está bien, hijo… Bueno, el asesino disparó y se fue. Hay huellas marcadas en el jardín… Al salir de aquí tiró el arma al suelo… Quizá se asustó al oír el timbre de la puerta… Vamos fuera otra vez.

Se volvió y cerró la puerta de la caja de caudales, la cual empujó con un pañuelo. Luego, recogió el llavero que yacía en el suelo y se encaminó a la terraza.

Phillip Kawera y otro agente le siguieron en silencio.

Durante unos minutos examinaron la terraza con lámparas eléctricas. Luego, descendieron las escalinatas y pisaron el terreno enarenado. Markham se entretuvo hasta que vio algo.

—He aquí una impresión importante… ¡Y aquí hay otra, y otra! ¿Ves, Phil? Son huellas de tacones femeninos.

—Sí, jefe. Se dirigen hacia el bosquecillo. En la tierra del jardín estarán mejor impresas.

En efecto, sobre la tierra blanda del jardín, ante los pinos, pudieron ver las huellas con más claridad.

—No cabe duda de que una mujer corrió por aquí —dijo Markham.

—Diré a John que ponga escayola aquí y saque moldes, ¿verdad, jefe? —preguntó Kawera.

—Sí, que lo haga cuanto antes, no sea caso que ponga la pezuña aquí alguno de esos «teddy-boys» de la Prensa. Jimmy, ve tú mismo y díselo a John «Huellas».

El agente asintió y se alejó, mientras Markham y Kawera continuaban examinando las improntas que iban hasta el muro bajo de ladrillos que rodeaban la mansión.

—Aquí habría un automóvil y la chica se fue en él… Esa mancha de aceite indica algo. El coche debió estar aparcado ahí algún tiempo.

—Sí, jefe. Me temo que ya está todo visto. Ahora podemos ir a estrujar a los «pichones».

Retrocedieron hasta donde ahora estaban varios hombres fotografiando el suelo, mientras otro de aspecto risueño removía algo lechoso dentro de un florero de cristal.

—¿Ha encontrado algo más, jefe? —preguntó aquél—. Nada, John —contestó Markham—. Supongo que no tendrás dudas de quién imprimió esa huella… ¡Luego no digas que pertenece a una yegua!

—Un zapato así me atropelló un juanete la otra noche en un *cabaret*, jefe —rió John—. Era una pollita rubia como un dólar de los antiguos…

El agente rió con sorna y se dispuso a volcar su preparado sobre las huellas del suelo. Markham, fruncido el ceño y seguido de Kawera, se dirigió a la casa.

—¿No han vuelto aún los domésticos? —preguntó el teniente a un agente que guardaba la puerta de la biblioteca.

—No, señor. Según ese «Latimonowsky», o como se llame, los domingos están libres y se van a dónde les parece. Son cuatro, dos mujeres y dos hombres; un mayordomo, que está casado con la doncella. Éstos son jóvenes. El otro es un viejo que cuida del jardín. Y luego está la cocinera, vieja también. Lo curioso, según el polaco, es que hayan salido todos juntos.

—Está bien —le cortó Markham—. Potter fue el primero en llegar, ¿no?

—Sí. Está en el salón-bar, con Roberts.

Cuando Markham y su «sombra» entraron en la estancia contigua a la biblioteca vieron, con sorpresa, a Caryl Potter y al agente Roberts ingiriendo sendos vasos dobles de *whisky*. Potter era

quien se hallaba detrás del bar.

—¡Vaya, muy bonito! —estalló Markham—. A esto llamo yo incumplimiento del servicio. ¡Y usted, Potter, está abusando de la hospitalidad de un difunto!

El agente enrojeció.

—Perdón, teniente —dijo—. El señor Potter necesitaba un trago. En cuanto a mí, consideré un deber probar la botella, por sí…

—Además —le interrumpió Potter, quien, evidentemente, no era el primer vaso que se tomaba—, no pueden imaginarse el grave perjuicio que me ha ocasionado la muerte del señor Maxwell… ¡De alguna forma tengo que consolarme!

—¿Qué relación tenía usted con Maxwell? —preguntó Markham, tajante.

—Yo era para él una especie de agente comercial, ¿entiende? Pero libre. ¡Eso es, un agente liberado! Me pasé muchos años royéndome los codos sobre una mesa de oficina, hasta que un día clavé con furia la pluma sobre ella, me reí en las barbas de mi jefe, le reproché su conducta usurera e infame y me largué. No crea usted, teniente, que me fue fácil comer los primeros días. Pero un amigo me tendió la mano y pude salir a flote. Ahora me dedico a comprar y vender por cuenta de otros.

«Maxwell me encargó una compra en la frontera mejicana. Y allá me fui, con algunos dólares anticipados, a efectuar la compra más peligrosa de mi vida. Supongo que la muerte del señor Maxwell, que ha dejado la compra sin realizar, ha debido favorecerme, porque en esta clase de negocios de mucho beneficio es fácil dar con las posaderas en prisión…».

—¡Interesante relato, señor Potter! —exclamó Markham, a la vez sorprendido e interesado—. ¿A qué se dedica usted, en realidad?

—Yo igual compro un coche viejo que vendo un abrelatas… Esta vez, por encargo de Robin Maxwell, fui a Los Nogales por algo más gordo. No sé si el señor Lazitowsky, su apoderado, estará al corriente… ¡Yo no creo que él haya matado a Maxwell!

—¡Déjese de rodeos y vaya al grano! ¡Y no beba más, caramba! —gritó Markham—. ¿Qué fue a comprar en Los Nogales?

—¡Diamantes, teniente! Diamantes brasileños, grandes y sin tallar Esta noche, el señor Maxwell debía darme dinero abundante, y para eso vine… Me temo que mi negocio ha reventado como

pompa de jabón.

—¿No sabe usted que ese tráfico es ilegal?

—Bueno, teniente —ahora, Potter pretendía aparentar seriedad—, le explico todo esto para que vea mi honradez. Soy un contrabandista, si quiere; pero no un asesino. Además, con la policía prefiero hablar claro desde el principio, por mi propio bien, pues mi mal ya me lo ha buscado otro, echándome a rodar la comisión.

—Necesitaremos comprobar todo eso. ¿Quién le vendía los diamantes?

—Un chamarilero que igual está en El Paso que en Los Nogales, como desaparece y no está en ninguna parte. Ya quisiera la policía de aduanas echarle la mano encima. Se llama Pancho, «no-sé-qué-más». —Potter hizo, una pausa y trasegó medio vaso de *whisky*—. Beba, lentamente. Le aseguro que este «Scotch» es de buena calidad… Maxwell se lo procuraba del mejor… No era mala persona. Algo metido en negocios no muy claros, pero ésta es la única forma de ganar billetes. Y no se perjudica a nadie.

—¿Había usted hecho algún negocio de ese tipo anteriormente con Maxwell? —preguntó Markham.

Potter puso cara de cómica sorpresa.

—¿Yo?… ¡Le juro, teniente, que no sé de lo que me está usted hablando!

Markham sonrió y, por mimetismo, lo hizo también Kawera.

—Cobré un anticipo —continuó Potter—. Cinco mil dólares, por hallar a Pancho. Ahora tendré que devolver el dinero. Y lo peor es que mi mujer ha comprado unos trapos… ¡Oh, me estará esperando en el hotel! A las siete y media llegamos en el expreso de Chicago. Confiaba que Maxwell iba a darme un puñado… ¡Todo humo, teniente! ¡Créame, vale la pena echar un trago! ¡Y váyase a la cama! La noche no está para investigar crímenes… ¡A la salud de ustedes!

Markham se volvió a Phillip y le dijo, secamente:

—Acompáñalo junto a su esposa y comprueba, hijito, ¡comprueba! Yo hablaré con los otros dos. Puedes llevarte el «Panther» negro.

Horace Markham, sin decir más y dejando a Potter bebiendo y a Kawera con la palabra en la boca, dio media vuelta y se dirigió al vestíbulo, al encuentro de Brian Lazitowsky.

CAPÍTULO III

Alicia Shelwin entornó los ojos y, a través de la ventana, contempló el amarillento desierto. Su mente estaba perdida en conjeturas, mientras, distraída, observaba las distantes colinas conocidas con el nombre de « Wind-Swep Flat», que eran los límites de sus vastos e inútiles terrenos.

¡«Dead Plains» lo habían llamado!

Alicia se mordió el labio inferior, considerándose la mujer más infeliz de la tierra.

Aún no hacía tres meses que su padre, el abnegado William Shelwin, había muerto, quizá hastiado de su absurdo trabajo. Y la muchacha quedó sola en un yermo ardiente, seco y árido. ¡Sola y sin un centavo!

Mientras vivió él, alimentó cierta esperanza. Pero con su muerte se llevó a la tumba las ilusiones.

—Ahora…

Alicia volvió la cabeza y contempló la carta que yacía sobre la mesa. Era una solución, sin duda. Una esperanzadora oferta. ¿Qué habría hecho su padre de recibir en vida aquella carta? Esto era una incógnita, pues no quería pensar en los sufrimientos que costaron a William Shelwin aquel terreno.

—Esto será algún día un paraíso del ganado, hija mía —le había dicho su padre en numerosas ocasiones—. Verás reses y potros robustos. Sólo necesito terminar de pagar la hipoteca y todo volverá a ser mío… Luego, traeré ganado, tractores, un equipo de peones… Canalizaremos. Lo mejor es la tierra y ésta ya casi la tengo otra vez… ¡Casi la tenemos de nuevo!

Y, aunque parezca increíble, el viejo Bill Shelwin pagó su hipoteca. Después, se murió y la tierra volvió a quedar como estaba: sola y abandonada, como se encontraba ahora Alicia.

Cerró los ojos. Rememoró la carta:

«*Miss* Alicia Shelwin.

»"Dead Plains Ranch". Phoenix. Arizona.

»Distinguida señorita: Me dirijo a usted en nombre de un cliente que tiene interés en adquirir el rancho de su propiedad y todas las tierras de su latifundio. Bien sabe mi cliente lo inútiles que le resultan a usted, después de la sensible pérdida de su padre. Pero, no obstante, está dispuesto a hacerle una oferta razonable. Si desea usted vender el rancho a buen precio, venga a verme a Nueva York y trataremos del asunto.

»Le encarezco la máxima discreción, pues mi cliente, por el momento, desea mantenerse al margen del negocio.

»Si piensa venir a tratar de las condiciones, le ruego que me avise».

Y en la parte superior izquierda se leía:

«Brian Lazitowsky, 27 Wall Street, 14, New York City.
Finanzas».

La misiva estaba garabateada con una firma ilegible. En una fracción de segundo, Alicia Shelwin tuvo una inspiración: ¡Se iría a Nueva York!

Una vez resuelta, la bella de Arizona tomó un ligero refrigerio, puso en orden los utensilios de la cocina, asegurándose luego de que todo estaba cerrado, y se dirigió a su dormitorio.

Había empezado a caer la tarde. Como «Dead Plains» no poseía luz eléctrica, era preciso vivir con el sol.

En su dormitorio, junto a un lecho sencillo y blanco, Alicia tenía un «Winchester», que miró con desdén. Luego se contempló en el espejo del armario y se levantó el cabello sobre la nuca, adoptando una pose cinematográfica.

Sonrió y se enseñó los blancos dientes. También se hizo burla a sí misma, sacándose la lengua, y empezó a desnudarse.

—¡Nueva York! —exclamó.

¿Cuántas veces había soñado con la gran urbe? Recordó a su

padre y sus ojos se humedecieron. «¡Pobre papaíto! —musitó para sus adentros—. Voy a renunciar a todos tus esfuerzos. Debes comprender que no puedo continuar en esta soledad. Me hubiese gustado continuar tu labor, pero es ruda y penosa para mí… ¿No ves qué sola estoy? Una chica de veintitrés años, con ganas de vivir y ver mundo, no puede enclaustrarse aquí. Necesito distracciones, amigos… ¡Algún joven apuesto que me diga cosas bonitas! ¡Quiero que alguien me bese!».

—¡Bailaré en los clubs nocturnos de Manhattan! —dijose en voz alta.

Se despertó antes del alba. El horizonte, allá en el remoto «Wind-Swep Flat», estaba tifiándose de aurora. Saltó del lecho y se dirigió a la ventana, donde se desperezó lánguidamente.

Recordó entonces la decisión tomada la tarde anterior y su ardor se enfrió un tanto, pensando que, tal vez, a su padre no le habría gustado que vendiese el rancho.

Cuando se lavó el rostro en la jofaina y se peinó delante del espejo, algo surgió en su mente. Y terminó diciéndose que variar constantemente de opinión no era bueno.

—¡Decídete de una vez, Aly! ¡No te vas a pasar la vida aquí encerrada! Además, ¿qué vas a comer la próxima semana? ¡No tienes nada en la alacena! ¡Bah, resuelto, te vas a Nueva York!

Después de decir esto, se vistió y bajó a buscar algo para desayunar. En el armario de la cocina encontró muy poco que comer, y se apenó, más dispuesta que nunca a marcharse.

Fue casi con sadismo que abrió su viejo maletín y echó dentro sus escasas ropas. Al mismo tiempo, se decía que el rifle, la yegua y el carro podían ser vendidos en Phoenix y sacar dinero suficiente para el viaje.

«¡Necesitarás también algún vestido! ¡No irás a presentarte vestida con esta ropa! Además, en Nueva York Hace frío. Necesitas un abrigo… ¿Y si no se efectúa, la venta?».

Esta pregunta la asaltó de repente, dejándola confundida. El discreto cliente del señor Lazitowsky podía arrepentirse. Sin embargo, halló la solución.

«Bueno, ¿y qué? Supongo que una chica guapa como yo puede

encontrar un empleo en aquella ciudad. He tenido buenos estudios, tengo veintitrés años y… ¡No soy mal parecida! ¡Vaya, al carro, y que papá nos perdone desde el cielo si me equivoco!».

Media hora después lo tenía todo preparado para marchar a Phoenix, situado unas veinte millas al sur.

En su bolso indio depositó la carta de Lazitowsky y las escrituras legales del rancho, así como un pequeño revólver de seis tiros que le había regalado su padre años atrás.

Luego, repasó con la mirada el viejo hogar y, antes de salir, escribió lo siguiente en un papel:

> «Me voy a Nueva York y no pienso volver. Quien quiera saber de mí que escriba al "*Post*-Office", donde, quizá, algún día pasaré a ver si tengo alguna carta. Si entráis, no os llevéis nada que no sea vuestro.
>
> »Alicia Shelwin».

Colocó este curioso mensaje sobre la mesa con un vaso encima. Luego cerró la puerta, dejando puesta la llave, por fuera, y subió al carrito, que esperaba.

Un instante después, sin querer volver el rostro para no llorar en el postrer instante de la despedida, tiraba de las riendas y partía hacia el sur envuelta en una polvareda.

¡Ignoraba que la faz descarnada de la muerte sonreía ya en Nueva York, esperándola!

Al salir del Departamento de Identificación, Phillip Kawera vio a Caryl Potter hablando excitadamente con el sargento de guardia.

—¿Qué tal, señor Potter? —Kawera le tendió la mano, sonriendo.

—Encantado de verle, señor Kawera. He venido a, ver al teniente Markham. Pero este hombre parece tener orden de ser duro de mollera.

El sargento, al oírse tratar de aquel modo, dirigió, una furiosa mirada a Potter y fue a replicar, pero el gesto de Kawera le contuvo.

—¿Y qué quería usted?

—¡Quejarme! —gritó Potter—. Comprenda que resulta enojoso ir por la ciudad con un sabueso pegado a los talones.

—¡Ah! —El joven sonrió—. Eso no tiene importancia. Aunque,

según he oído, usted no desaprovecha ocasión de darles esquinazo a los chicos.

—¡Parece como si me considerasen a mí el asesino de Maxwell!

—De ningún modo, Potter. Es puro trámite.

—¡Pues los «puros trámites» de ustedes me perjudican! —exclamó Potter.

—No se lo tome así. Se lo diré al jefe. Tal vez él encuentre algún modo de arreglarlo.

—¡Deseo hablar con Markham… antes de ir al jefe de la División o recurrir al juez del distrito!

Kawera miró fijamente a su interlocutor. Luego, su mirada, con distraída expresión, se perdió a través de las ventanas, hacia la esquina que formaban Center street y Cleveland Place.

Estaba oscureciendo y los edificios fronteros irradiaban ya sus múltiples luces publicitarias. El sonido del tráfico llegaba hasta él amortiguado por los gruesos cristales.

Kawera pensaba en el caso Maxwell y en el fracaso que el grupo de Markham se estaban llevando, sin poder poner en claro muchos datos, cada vez más contradictorios, que iban apareciendo. Pero el asunto se había complicado más a causa de un virulento ataque de la prensa.

Los periódicos hacían ruido porque Robin Maxwell era muy conocido en la City. ¡No, Kawera no quería pensar en aquello! Pero reconocía que la meticulosa labor del teniente Markham se había estrellado ante lo imponderable, como se podría estrellar la eficiente técnica del propio FBI, pues ¡el «*affaire*» Maxwell era endiabladamente complicado!

Y allí, frente a Kawera, ofendido con la mayor razón del mundo, uno de los pocos testigos del caso venía a quejarse de que Markham le había puesto un sabueso detrás durante todas las horas del día.

—Le diré al teniente que está usted aquí —dijo Kawera—. Aguarde un momento, por favor.

Dio media vuelta y se alejó hacia donde su jefe tenía el despacho. Una estenógrafa salía en aquel momento y como era bonita, el joven se hizo a un lado, incliándose.

—Gracias, Phil —dijo ella, ruborizándose.

Él la vio alejarse, examinándola desde el tacón a su recortado cogote, deteniéndose con deleite en las rectas costuras de sus

medias de nylon. Le habría gustado seguirlas hacia arriba, pero la falda se lo impidió. Sacudió, pues, la cabeza tristemente, recordando que Susan tenía novio, y optó por penetrar en el despacho de su jefe, a quien encontró leyendo unos papeles que tenía delante.

Kawera estaba seguro de que Markham había envejecido mucho en el transcurso de pocos días. En sus ojos se notaba el cansancio, se le habían formado bolsas bajo los párpados y tenía nuevas arrugas en la frente. Además, si no eran figuraciones suyas, la tersa superficie de su calva cabeza parecía haber perdido su característico brillo.

—Jefe —dijo Kawera—, ahí afuera está Caryl Potter.

—¿Eh, cómo…? ¿Potter? ¿Qué quiere? —La sorpresa del teniente no era fingida. Parecía despertar de un sueño.

—Quiere hablar con usted. Tiene manía al grupo de Jimmy. Dice que está harto de tenerlos todo el día pegados a sus espaldas y amenaza con presentar una queja.

—¡Que se vaya a una letrina ese necio! ¿Qué se ha creído? —El furor de Markham, sin embargo, duró poco. Empujó con hastío los papeles que tenía delante y se reclinó en su asiento—. Te confieso, chico, que estoy desanimado. Parece como si todo se hubiese conjurado contra mí ahora que tengo el retiro, por así decirlo la vuelta de la esquina. ¡Qué asco de vida!

—¿Le digo que pase? —habló Kawera, imperturbable.

—Sí, hazle pasar. Le diré algo… ¡si se me ocurre!

Phillip dejó ante Markham los papeles que traía en la mano y, dando media vuelta, regresó a la antesala.

—Sargento Stanley —dijo—, permita pasar al señor Potter.

El sargento, malhumorado, descorrió el pestillo que cerraba la valla del mostrador y dejó entrar al visitante.

Al llegar al despacho de Markham, Kawera llamó con los nudillos.

—Adelante.

Entraron. Potter pasó primero, diciendo:

—Buenas tardes, teniente. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. ¿Y usted? —Markham se levantó ligeramente en su asiento, tendiendo la mano a su visitante. Luego, añadió—: Siéntese, por favor.

—Gracias… Deseo ser breve. —Potter endureció su acento.

—Usted dirá. Supongo que su visita estará relacionada con el desagradable caso Maxwell, ¿no es así?

—Algo de eso hay… La verdad es que me molesta la constante vigilancia a que me tienen sometido. Además, a sus agentes se les conoce a la legua. ¡Van detrás de mí como perdonándome la vida! Igual que me doy cuenta yo lo hace todo el mundo y en el Marylebone Hotel me miran ya de un modo raro. Katy… ¿Recuerda usted a mi esposa, señor Kawera? Pues ha sido ella quien…

Phil sonrió. ¡Ya lo creo que la recordaba! Era una impresionante rubia que le abrió la puerta de la habitación 104 del Marylebone, ataviada con una prenda que, al parecer, había fabricado una araña perezosa, porque su transparencia era tanta que no parecía llevar nada puesto. Y Katy Potter había mirado a Phil de un modo que… ¡Vaya, vaya!

Él no era un timorato, ni mucho menos, pero enrojeció y, corrido de colegial rubor, optó por marcharse dejando al embriagado Potter en brazos de su esposa.

—Aquello ocurrió la noche en que mataron a Maxwell. Desde entonces, Kawera no había podido olvidar a Katy Potter.

—¿Acaso se han metido con usted alguno de los chicos? —preguntó Markham.

—No, de ningún modo. Pero ¡compréndalo! Me acosan, me persiguen. Y estamos nerviosos. Mi esposa me ha dicho que venga a quejarme.

Markham había cogido un cortapapeles y le daba vueltas, distraídamente. Escudriñaba al mismo tiempo el rostro de su interlocutor como si esperase ver reflejada en él la culpabilidad. Pero bien sabía Markham que Potter no había podido matar a Maxwell.

Pero ¿qué podía hacer? Aquél era el interrogante más angustioso de su carrera policíaca. Sabía que Caryl Potter no había tenido tiempo material de matar a Maxwell, mucho menos ocasión, y, al parecer, ni siquiera motivo. Esto era irrefutable.

Pero alguien lo había matado. Y, después de quince días de aquel crimen, teniendo bajo vigilancia a todos los que tenían relación con el muerto, desde Potter hasta el último sirviente de la mansión de Maxwell, nada revelador se había descubierto. Por el

contrario, los últimos análisis venían a complicar aún más las cosas.

—Yo no maté a Maxwell, teniente —dijo Potter—. Su muerte no me beneficiaba, ¿comprende? Muerto él, se murió mi gallina de los huevos de oro, y las cuentas del hotel debo seguir pagándolas. La vida aquí, en Nueva York, se hace difícil y he pensado regresar a San Francisco.

—Perdone, Potter. Ya hablaremos después de su vigilancia y de todo eso. Ahora que está aquí, acláreme un punto dudoso. Dígame, ¿está seguro de haber visto salir corriendo a una mujer la noche en que llegó usted a casa de Maxwell?

Caryl Potter quedó algo perplejo, pero repuso:

—¿Quiere que le diga la verdad? Creo que era una mujer, pero no estoy dispuesto a jurarlo. No sé en qué concepto tiene usted a un testigo, pero yo, con franqueza, le aseguro que no estaba muy tranquilo después de haber oído el disparo dentro de la biblioteca. Por todas partes me parecía estar viendo fantasmas. Aunque, recuerde que el taxista también la vio…

—Desgraciadamente, Isaac Malpole dice lo mismo que usted. No está seguro de nada y confiesa que estaba muerto de miedo. —Markham extendió la mano y cogió el «*dossier*» que tenía sobre la mesa—. Mire, Potter. Tengo aquí tal cantidad de datos que necesitaría un cerebro electrónico para clasificarlos. Aquí están los informes de mis agentes, las declaraciones, mis deducciones propias. Pues bien, si leyera usted todo esto admitiría, como yo, que merecen ustedes una pequeña vigilancia.

»Vea esto. El examen pericial del *parquet* de la terraza demuestra que el asesino, al salir precipitadamente de la biblioteca, arrojó la pistola al suelo. Mejor dicho, no lo demuestra, lo contradice. En cambio, usted afirma haberla recogido de allí. ¿No es cierto?

—Ciertísimo —respondió Potter, interesado.

—Esto es lo raro, Potter. Escuche. Imagine por un momento que acaba usted de matar a Maxwell.

Caryl Potter se incorporó en su asiento, abrió los ojos y palideció.

—Pero… yo…

—Atienda y calle. Suponga que le mata y sale. Quizá ha oído el timbre y se asusta. Al huir, arroja la pistola y corre a través del

jardín y el bosquecillo hacia donde ha dejado aparcado el automóvil. ¿No es eso lo correcto?

—Eso depende, jefe —intervino Kawera, que ya había discutido aquel tema varias veces con Markham.

—¡Eres un pesado, hijo! ¿Por qué, ya que eres tan listo?

—Tal vez quería dirigirse a la entrada, pero Potter y Malpole se lo impidieron…

—No, eso no puede ser —atajó Potter, vivamente—. Nosotros estábamos ante la puerta principal, después de oír el disparo, y nos pareció ver correr a alguien. ¡Quién mató a Maxwell no podía saber que nosotros íbamos a rodear el edificio!

—Bueno, hablemos de eso. ¿Cree usted que alguien saliendo precipitadamente de la biblioteca, quizá asustado al oír el timbre, o porque viese las luces del taxi depositaría muellemente la pistola en el suelo para huir?

—¿Qué quiere decir con eso de depositar muellemente? Yo diría que la tiró sin preocuparse de donde iba a caer.

—Exacto. Lo otro no es lógico para nadie. Usted deduce. Pero hay más. Hemos comprobado que la pistola encontrada por usted, y que fue la utilizada para matar a Maxwell, al dejarla caer al suelo desde una altura media, produce una muesca en el cemento.

»Esta prueba se efectuó del siguiente modo: a la misma hora, aproximadamente, en que se cometió el crimen, existiendo análogas condiciones ambientales y acústicas, y mientras algunos agentes escuchaban ante la puerta principal. Pues bien, mis hombres aseguran que cada vez que tirábamos al suelo el arma, ellos oían el golpe.

—Óigame, teniente —exclamó Potter—. No sé a dónde quiere ir usted a parar. Pero yo le dije cuánto sabía.

Y si esa pistola, al caer, hace ruido o muesca, o ninguna ambas cosas, me tiene sin cuidado. ¡Yo no fui el que la tiró, sino el que la recogió!

—¿Arrastra usted los pies al andar, señor Potter? —intervino Kawera, displicente.

—Yo ando como…

—Diez hombres anduvieron sobre el *parquet*, a oscuras y sólo uno tropezó con la pistola dejada a propósito en el suelo —observó Markham.

—Pues yo no maté a Maxwell, ¡se lo aseguro! —protesto Potter —. Ignoro si han comprobado ustedes mis declaraciones, pero, aun en el supuesto de querer matar a Maxwell, cosa que iba contra mis intereses, no habría podido hacerlo…

—¡Sí que pudo, Potter! —le atajó brutalmente Markham—. Y le diré cómo: ¡en complicidad con Isaac Malpole!

—¡Pero si no le conocía de nada! Subí a su taxi en Grand Central Station, me hice llevar al Marylebone Hotel, donde dejé a mi esposa, y luego me llevó a casa de Maxwell.

—Todo eso lo sé —dijo tristemente Markham—. Su llegada a la estación ha sido meticulosamente comprobada. También el tiempo que estuvo usted dentro de vestíbulo a oscuras, en el momento de sonar el disparo Hemos cronometrado los segundos y, en verdad, no tuvo tiempo de ir a la biblioteca, cuya puerta estaba cerrada por dentro, matar a Maxwell y volver a reunirse con Malpole. Se ha efectuado esta prueba de acuerdo con la declaración de usted; la de Malpole y la de cierto testigo que oyó el disparo a las ocho menos diez.

»El resultado de todo esto le descarta a usted.

»Y no crea que no hemos sido meticulosos. Malpole afirma que cuando subía usted las escalinatas del porche encendía él un cigarrillo, del que sólo pudo aspirar humo dos veces hasta que sonó el disparo y el cigarrillo se le cayó de los labios. Acto seguido, dice, apareció usted de nuevo en el porche.

—Así fue. Yo entré y busqué la luz, sin hallarla. Entonces sonó el disparo en la biblioteca y salí corriendo —contestó Potter.

—Le salva el hecho de que la puerta de la biblioteca estaba cerrada por dentro, como atestigua Brian Lazitowsky. De no ser por esto, un hombre rápido podría haber llegado hasta Maxwell y matarle, guardándose la pistola en el bolsillo y luego fingir que la había encontrado en la terraza.

—El vestíbulo estaba a oscuras, teniente, y yo no conocía la casa.

—Admitamos eso. Pero reconocerá usted que dos hombres se ponen fácilmente de acuerdo y más, sabiendo como sabemos, que Maxwell había retirado el día anterior doscientos mil dólares del Banco. Por ese motivo vigilamos a usted y a Isaac Malpole.

»Pero algo ha venido a enturbiar más las cosas, Potter. Es algo

importante que me ha hecho perder muchas horas de sueño y que demuestra la premeditación y la sagacidad del asesino para cometer el crimen con toda impunidad.

»Atienda. Tenemos el informe de un experto en huellas que anda medio loco a causa de las impresiones descubiertas en el jardín. Mire.

Potter se inclinó sobre el «*dossier*», del que Markham le mostró un rimero de fotografías.

—¿Sabe lo que es? Fotos de huellas de zapatos, y corresponden, si no nos hemos equivocado, al asesino. Pues bien, estas fotos, de tacones femeninos, nos demuestran que el asesino era un hombre. ¿Le asombra? Estuvimos a punto de caer en una trampa… Fíjese bien. No hay necesidad de ser un técnico para darse cuenta del contorno del zapato femenino.

»Aquí tiene la puntera, la suela, bien marcada, y el tacón. Tienen tamaño natural. Estas otras están sacadas del molde de escayola que hizo el perito. Y estas otras son del mismo zapato… Pues bien, John Garr, del departamento de Identificación, afirma que estas huellas, las mismas que aparecieron en el jardín de Robin Maxwell, no fueron hechas por un pie de mujer.

—¡Pues no lo entiendo! —exclamó Potter.

—Sí —intervino Phillip Kawera—. Observe este reborde y compárelo con el de las otras huellas. Esto no hace una mujer al andar ni al correr. ¿No le parece sospechoso este acentuado hundimiento del tacón?

—¿No estaba en terreno blando?

—Sí, era bastante blando. Pero las mujeres pisan con la suela… Mire, esta otra huella la hizo una mujer, días después, sobre el mismo terreno, y note la diferencia.

Kawera mostró las dos fotografías.

—Es curioso esto —murmuró Caryl Potter—. Me maravilla el complejo estudio que han hecho ustedes. ¿Y qué deducción sacan de esto?

—Hemos deducido que el asesino adhirió una falsa suela a sus zapatos de hombre, para dejar las huellas de una mujer. ¡Y esta última fotografía lo confirma! —Markham mostró otra foto del «*dossier*».

—Aquí se demuestra que el asesino, para disfrazar sus pasos,

utilizó unos zapatos ingeniosamente arreglados. ¿Ve este reborde? Quedó algo marcado en la tierra blanda y es la única que hemos descubierto, como si el asesino hubiese torcido el pie al perder el equilibrio durante la carrera.

»Llegados a esta conclusión, deducimos que usted y Malpole no pudieron ver a una mujer huyendo, puesto que se trataba de un hombre.

—No sé qué decirle, teniente —respondió Potter—. Creí que era una mujer, o alguien que llevaba un abrigo claro y largo. Ahora, no sé qué pensar.

Y Markham, despreocupadamente, dejó ver su juego:

—¿Recuerda que Brian Lazitowsky llevaba un abrigo claro aquella noche?

—Sí, me parece que sí. Pero… ¿Lazitowsky? —Potter abrió mucho los ojos al mirar a Markham.

—¿No podría ser él quien corrió por el bosquecillo? Sabemos que llegó después que usted y Malpole. Pero bien pudo tener el coche cerca, dar la vuelta y acudir a ver quién había venido a interrumpirle su obra.

—¿No dice la Prensa que venía de un club? —preguntó Potter.

—Sí —afirmó Markham—. Hemos comprobado que estuvo en un lugar, por cierto poco recomendable, en Hayes, donde una chica llamada Edira tomó unas copas con él hasta que se despidieron para acudir a su cita con usted y Maxwell. En la agenda de Maxwell figuraban usted y Lazitowsky para las ocho de la noche. Todo está comprobado.

Markham hizo una pausa y miró a su visitante.

—Usted y Malpole oyeron el disparo a las ocho menos diez, ¿no es así? —continuó Markham—. ¿Y no pudieron confundirse al creer un disparo lo que pudo ser el escape de un coche o cualquier otro ruido análogo? Tenga en cuenta que en aquel silencioso barrio la propagación, del sonido es casi perfecta.

—¡Ésa es otra! —barbotó Potter—. ¿A dónde quiere ir a parar? Yo oí un disparo. No en vano hube de oír muchos durante la guerra de Corea y estoy seguro de que venía de la biblioteca.

—Escuche, Potter —continuó Markham—. El informe forense también es significativo y contiene algo extraño. Entre otras cosas dice que la muerte fue producida por una bala, calibre

9 mm,
que corresponde a la pistola hallada por usted, y que se alojó en el cerebro, perforando el frontal, y no terminó de atravesar el cráneo. Y esto es raro, pues con tal arma, cargada con pólvora negra y a la distancia que suponemos disparó el asesino, forzosamente debía atravesarle la cabeza.

Potter sonrió y comentó:

—Me deja usted sorprendido, teniente Markham. De no haber hablado hoy con usted, jamás habría sabido cómo se fundamenta una investigación técnica. Es sorprendente conocer el detenido análisis de un crimen.

Aunque este que nos ocupa parece un galimatías.

—Eso es exactamente. Pero mi obligación me hace seguir adelante aunque deje los sesos en el enigma. No me arredro, señor Potter, porque sé que el asesino de Robin Maxwell anda suelto por ahí y uno tiene su dignidad profesional.

Caryl Potter consultó su reloj y dijo:

—Son las siete y he prometido a Katy llevarla al cine. Además, no quiero que sus agentes me esperen tanto tiempo en el hotel. Podrían impacientarse.

—¿Y pues? —preguntó, mientras Kawera disimulaba una sonrisa.

—Lo despisté en el «metro» hace más de una hora Me distraigo burlando la vigilancia a que me tienen sometido. Pero esta vez no he ido a jugar al póker, sino que he venido aquí y su agente se sentirá intranquilo Cuando está el joven del rostro alargado me las compongo muy bien.

—¿Jimmy Mac Cormick? —preguntó Markham.

—No lo sé. Ignoro su nombre. El de hoy es un tipo listo. Si le doy esquinazo, se va al Marylebone y se sienta en el *hall, donde no tarda en ponerse otra vez en contacto conmigo.*

—Sorprendente, Potter. Habré de pensar en retirarle la vigilancia o encerrarle en un calabozo…

La súbita aparición del agente Black, en la puerta le cortó:

—¡Jefe, nos comunica la patrulla que Lazitowsky se ha matado!

CAPÍTULO IV

Si algún conocido de Alicia Shelwin la hubiese visto ascender del tren en Grand Central Station se habría quedado sorprendido. Su *sex*-appeal era tan llamativo que a su paso, todo varón volvía la cabeza.

Aquel portentoso cambio se debía a una breve visita que hizo la muchacha a unos grandes almacenes de San Luis, durante un transbordo. En ropas, peluquería, manicura y calzado dejó Alicia cuarenta de los sesenta dólares que consiguió en Phoenix por las cosas que vendió para poder emprender el viaje.

Ahora vestía la muchacha un traje sastre, color crema, muy ajustado al talle, y un abrigo, tres cuartos, de lana a cuadros, zapatos de medio tacón, pues ya era lo suficiente alta para no pretender competir con los rascacielos de Manhattan, y de su hombro pendía un bonito bolso cartera, de piel de cocodrilo, ¡o, al menos, lo parecía!

Ya estaba, al fin en Nueva York, y su paso, al salir de la estación, era seguro y firme. Había dejado su maletín en consigna y pensaba pasear y recrear la vista antes de buscar alojamiento e ir a ver a Brian Lazitowsky.

Entró en un bar de Madison Avenue, donde tomó un bocadillo y café, contemplando el gentío que transitaba fuera. Al terminar su refrigerio, salió y estuvo recorriendo escaparates hasta que se cansó.

Luego detuvo un taxi y subió:

—Al 27 de Wall Street, por favor.

—«*Okay*», señorita —respondió, jovial, el taxista.

Minutos después, sin haber tenido ocasión de ver más que automóviles envolviéndola, Alicia se encontró en una concurridísima calle, de altos edificios, en donde se detuvo el taxi.

—Servida, señorita —el taxista se volvió hacia ella sonriente—. Dos minutos de parada. ¿Desea que la espere en el estacionamiento

de la esquina?... Si el «cab» fuese mío, no le cobraría, por bonita. Pero como no lo es, me debe usted medio «quarter», exactamente. ¡Y sin propina!

Alicia sonrió, halagada, pagó y bajó, quedándose inmóvil en la acera, mirando al cielo. La altura de aquellos edificios era impresionante. Casi le dio vértigo.

Vio a dos uniformados policías a la entrada de una estrecha calle contigua. Y observó que mucha gente al pasar, miraba con curiosidad a los agentes y a la estrecha calle.

Acto seguido, Alicia se dirigió al edificio que tenía delante. Penetró en un amplísimo y ruidoso vestíbulo en donde una abigarrada multitud iba de un lugar a otro apresuradamente. Muchos de aquellos hombres llevaban papeles en las manos, blocs y bolígrafos. Habían otros sentados en largos sillones, mirando, leyendo anotando números que iban apareciendo electrónicamente en una gran pizarra frontera.

También había mostradores, taquillas, cabinas de cristal, y muchas personas trabajando en máquinas calculadoras. Timbres, teléfonos, ruidos, gritos... ¡El caos!

Alicia ignoraba que aquello formaba parte de la Bolsa neoyorquina, centro comercial y neurálgico del mundo de las finanzas.

Se acercó a un hombre que vestía un sencillo uniforme y le preguntó:

—Por favor, ¿dónde puedo ver al señor Brian Lazitowsky?

¡En aquel mismo instante empezó la aventura de Alicia Shelwin!

El hombre arqueó las cejas, puso una expresión rara y abrió mucho los ojos.

—¿El señor Lazitowsky ha dicho, señorita?

—Sí. El financiero. Estoy citada con él. Anteayer le envié un telegrama anunciándole mi llegada.

—Pero... ¿No se ha enterado? ¡Oh, bueno! Yo... —Se rascó el hombre la barbilla, y añadió—: Será mejor que suba al piso catorce... Ellos le explicarán.

Estas palabras fueron del todo incomprensibles para Alicia, a quien aquel «¿No se ha enterado?» no le decía absolutamente nada y sí mucho la expresión del hombre. Más como éste señalase un ascensor, de los muchos que había al fondo, optó por encogerse de

hombros y se dirigió hacia allá.

Un grupo de personas la rodearon al entrar en el ascensor. Ella resistió los apretones sin rechistar, diciéndose que debía acostumbrarse a ver tal cantidad de gente.

El ascensorista iba deteniéndose en todos los pisos, cuyos números se encendían en rojo sobre un disco que había encima de la puerta. Y en todas las detenciones salía y entraba gente. Sin embargo, en el piso catorce no se abrió la puerta ni se detuvo el ascensor, pasando de largo como si tal cosa.

—¡Eh, alto; tengo que salir aquí!

Alicia se dio cuenta de que varios rostros se volvían a mirarla. El ascensorista pidió disculpas y detuvo el aparato, haciéndolo descender. Cuando se detuvo en el piso catorce, todos le dejaron respetuoso paso.

Al salir se encontró en una antesala de regular tamaño, con pasillos a derecha e izquierda. A un lado vio una escalera interior y, frente a ella, una puerta de cristales esmerilados, en donde podía leerse en grandes letras doradas:

«B. Lazitowsky. Finanzas»

Empujó esta puerta y se encontró en una sala dividida por un largo mostrador niquelado y brillante. El decorado y el mobiliario eran ultramodernos.

Detrás del mostrador había varias personas. Tres de ellas estaban asomadas a una ventana, mirando a la calle. Una chica repasaba un fichero, ante una centralita telefónica.

Pero nadie pareció prestar atención a la recién llegada, la cual se acercó tímidamente al mostrador, esperando ser atendida.

Al poco, los tres hombres que miraban por la ventana se volvieron y se quedaron mirando a Alicia entre perplejos y aturdidos. Fue entonces cuando la telefonista levantó la cabeza y preguntó:

—¡Oh, perdón…! ¿Qué desea usted, señorita?

—Deseo ver al señor Lazitowsky.

¡Y otra vez apareció la expresión de estupor!

—Pero… —empezó a decir la chica.

Alicia perdió la paciencia.

—¡No sé lo que pasa aquí, nada más preguntar por el señor

Lazitowsky, todos me miran con susto!

—¿No se ha enterado usted?

Alicia vio abrirse una puerta de cristales, al otro lado del mostrador, y apareció un hombre de edad, grueso y algo bajo, que la miró a través del humo de su pipa. Luego quedó impresionada al verle venir con paso ágil y vivaz, cosa que no esperaba debido a su aspecto.

—¿Pregunta usted por el señor Lazitowsky?

—Sí, ¿es usted? —retrucó Alicia.

—¡Ah, no le conoce!… Es algo tarde, sin duda. Pero, pase por favor. Hablaremos.

—Escuche, señor; no me parece correcto el modo de tratar a una señorita que viene del otro lado del continente para tratar un asunto de negocios. —Alicia estaba ahora enojada y su preciosa boca mostraba un mohín precioso de resentimiento.

—¿De dónde viene usted?

—De Phoenix, Arizona.

—¡Ah, vaya! —Alicia creyó captar un vivo destello en los ojos chispeantes del hombre—. ¿No se llama usted, acaso, Alicia Shelwin?… Pero, pase, por favor.

Con un gesto rápido, el hombre alzó el tablero niquelado que cubría el mostrador, dejando paso a la muchacha, al mismo tiempo que se inclinaba ligeramente.

—Por aquí, tenga la bondad.

Al cruzar el niquelado mamparo, Alicia observó a los empleados, que la contemplaban con gravedad. No les prestó, sin embargo, mucha atención y siguió al hombre rechoncho hasta un despacho lujosamente decorado.

Frente a ella vio una mesa de cristal negro, una amplia ventana con visillos y persiana graduable, que estaba levantada, sillones, archivos y algo así como un mueble bar.

Detrás de la mesa, sentado en un sillón, había un joven con corbata de pajarita, alto y atlético, y muy bien parecido, que se levantó en el momento de entrar ella.

El hombre rechoncho de la pipa habló:

—Señorita Shelwin, le presento a mi ayudante Phillip Kawera… La señorita Alicia Shelwin, de Phoenix.

Con una precipitación casi cómica, Kawera rodeó la mesa y fue

hacia ella para estrecharle la mano y llevársela a los labios.

—¡Caramba, señorita! ¡Me alegro muchísimo de conocerla!

No dejó de advertir ella cierto calor en sus palabra y el brillo inusitado de sus ojos grises e inteligentes Le gustó a Alicia el joven desde el primer momento pero se dijo mentalmente: «Es el ayudante de este hombre. Conviene ir despacio y con pies de plomo. En los negocios hay que tener la cabeza firme. Les dejaré hablar a ellos primero».

Y en voz alta, añadió:

—Y bien, caballeros. Ustedes dirán.

—Me llamo Markham, teniente Horace Markham, de la Brigada de Homicidios… ¡No, yo no soy Brian Lazitowsky!… Ese señor se arrojó ayer tarde por esa ventana a la calle.

Alicia tuvo la sensación de encontrarse también revoloteando en el vacío y cayendo en un pozo sin fondo a la vez que un coro de voces atronaba su mente gritando: «¿No se ha enterado?».

Aquélla era la explicación. Los agentes en la calle como estatuas, custodiando la calleja contigua… ¡El señor Lazitowsky había muerto…! ¡Y la venta del «Dead Plains Ranch» había muerto con él, posiblemente!

—¿Muerto?… ¿Se arrojó por la ventana? —La voz de Alicia parecía un disco rayado, repitiendo lo que había dicho Markham.

—Sí —dijo el joven llamado Kawera—. Es lo mejor que podía haber hecho. De lo contrario, habría ido a parar a la silla eléctrica. Se suicidó al verse acorralado. ¡Había asesinado a su jefe, Robín Maxwell!

La muerte de Brian Lazitowsky ocurrió la tarde anterior a la llegada de Alicia Shelwin a Nueva York, precisamente a las siete en punto de la tarde, mientras en el despacho de Horace Markham se celebraba una interesante entrevista en la que tomaban parte Caryl Potter, Kawera y el propio Markham.

Al escuchar lo dicho por el agente Black, el teniente y Kawera se precipitaron hacia la puerta, dejando a Potter boquiabierto. Pero no tardó en reaccionar éste y salir corriendo detrás de ellos.

El sargento Stanley vio pasar al huracán de hombres y se rascó la cabeza. Estaba habituado a muchas cosas, pero a ver correr a Markham como un galgo era algo que no se acostumbraría nunca. También vio pasar a Potter, poniéndose el sombrero y corriendo en

pos de los que ya entraban en el ascensor.

—¡Espérenme! —gritó Potter.

Markham apenas si se fijó en la presencia de Potter, enfrascado sólo en la precipitación de llegar cuanto antes al vehículo oficial que les aguardaba en la planta baja.

Sopesaba por enésima vez la posibilidad de que Lazitowsky pudiera ser el asesino de Maxwell. Tal vez, arrepentimiento o temor a verse descubierto, le habían inducido a quitarse la vida, en cuyo caso sería posible solucionar el misterio de la muerte del millonario.

Pero, sí, por el contrario, Lazitowsky también había sido asesinado, cosa nada improbable, ¿aclararía la muerte de éste la de Maxwell? ¿Habría dejado esta vez el asesino una pista más clara que en Cooper Park?

Sin embargo y, por encima de todo, algo decía a Markham que con la muerte de Lazitowsky todo quedaría resuelto a satisfacción.

Así iba pensando Markham, sentado entre Kawera y Potter, con la vista perdida en la gruesa nuca del agente Black, que se sentaba junto al uniformado conductor, mientras volaban, más que corrían, por Lafayette Street, hacia City Hall Park, sorteando el tráfico de un modo alucinante.

En el cruce de Ann Street y Park Row, entrando en Broadway, casi atropellan a un atolondrado peatón que se quedó medio deslumbrado por los potentes focos, Pero, hábilmente, el conductor lo sorteó, en detrimento de los ocupantes del vehículo.

Al fin doblaron Wall Street y, junto al número 27, se detuvieron, con gran chirrido sobre el asfalto.

La calle contigua al número 27 no era tal, propiamente dicho, sino una especie de entrada, entre dos altos edificios de la Bolsa, destinado al suministro de las múltiples necesidades del rascacielos, tales como entrada de camiones del servicio de limpieza, carbón o «gas-oil» para la calefacción, y por allí sólo entraban y salían empleados afines a los edificios.

La anchura de la calleja no era superior a cinco metros y su longitud estaba limitada por una puerta metálica, situada a unos cien metros de la entrada.

Cuando se detuvo el coche de Markham, a la entrada de la calleja había un gran grupo de gente. Los más rezagados se

empinaban sobre las puntas de los pies para ver por encima de las cabezas de los que estaban delante, y varios agentes de uniforme gritaban desaforadamente, intentando hacer retroceder a la gente. Pero, como siempre ocurre, la curiosidad podía más que la autoridad.

Markham, seguido de Black, Kawera y Potter, este último como si fuese agente de policía, se abrieron paso entre la multitud. Entonces pudieron ver a varios hombres inclinados sobre un bulto informe que yacía en el suelo. Uno de los hombres empuñaba una lámpara eléctrica. Otro se levantó, volviéndose hacia el teniente Markham.

—Hola, teniente… Desagradable espectáculo. Cayó de allá arriba. Son catorce pisos y apenas si se le puede identificar. Sucedió hace escasamente diez minutos… ¡Sargento, haga que despejen la entrada, no sea incompetente! —De nuevo se volvió hacia Markham, el cual miraba al forense que examinaba el cadáver—. Es Brian Lazitowsky, como confirma su documentación. No hemos podido averiguar nada más. Pero el conserje nos ha dicho que en su oficina no hay nadie. Todos los empleados salieron a las cinco. ¿Puede esto tener alguna relación con el, caso Maxwell?

—Posiblemente —repuso, sombrío, Markham—. Era uno de los testigos… También podía ser el asesino y esta muerte significaría algo revelador.

El ruido, las voces y los gritos de los agentes aturdían a Phillip Kawera. Además, aquel cuerpo tendido en el suelo, la sangre que iba extendiéndose a su alrededor y la impresión que produce la presencia de la muerte violenta, no contribuían a disipar esta sensación de mareo. Pero se dijo que debía mantenerse junto a su jefe, en espera de órdenes.

No ocurría lo mismo con Caryl Potter, que había ido con ellos por pura inercia o simple curiosidad morbosa, y quien, a la sazón, miraba como hipnotizado el cadáver de Lazitowsky.

Se agarró Potter al brazo de Kawera, temblando notablemente, y le dijo con voz entrecortada:

—Yo no resisto esto, señor Kawera… Me voy al hotel…

El joven apenas le prestó atención, pero le vio abrirse camino entre los agentes y el compacto grupo de curiosos que interceptaban el paso. Potter iba secándose, la cara con un pañuelo.

En aquel instante se levantó el forense y un agente que estaba a su lado cubrió el cadáver con una manta.

—¿Qué, doctor? —preguntó Markham.

—¿Qué, qué…? —farfulló el médico oficial—. ¿Acaso cree que puede estar aún vivo? ¡Está hecho papilla y la cosa no es para menos! ¡Tiene aplastado el cráneo y está triturado por dentro y por fuera! Ahora, si el fiscal no dispone lo contrario, pueden retirarlo de aquí. De todas formas, la autopsia nos dirá después si hay algo que me haya pasado por alto. Hay que ser concienzudo en estos casos. Ese hombre, según tengo entendido, era un conocido financiero.

Markham no respondió.

Llegaron los del equipo de identificación y pronto empezaron a tomar fotos del cadáver, para lo cual retiraron de nuevo la manta que lo cubría. John Garr, alias «Huellas», acababa de llegar y se movía con la celeridad y la competencia de siempre, aunque con cierta aprensión. Kawera le oía murmurar entre dientes alguna que otra interjección no muy diferente.

Al poco llegó una ambulancia y dos camilleros, sin el menor reparo, levantaron el cuerpo y se lo llevaron.

—Vamos, hijo —habló entonces Markham—. Subiremos al despacho. Tenemos que movemos aprisa si queremos sacar algo en claro… ¡Y como no encontremos arriba las pruebas de la culpabilidad de Lazitowsky, soy capaz de colgar mi placa!

—Sí, sí —contestó Kawera, irónicamente.

—¡Eh, Black! —llamó Markham—. Llama a los chicos. Necesitaremos investigar detenidamente este nuevo aspecto del asunto. Diles que vengan a verme. Me encontrarán arriba, en el piso catorce. Y si me he marchado, Kawera os dirá dónde podréis hallarme.

—Correcto, teniente —contestó el agente con rostro de boxeador retirado.

Luego, Markham y Kawera salieron de la calleja y se encaminaron a la entrada del edificio donde Lazitowsky tenía su despacho. Les esperaba una noche de intenso trabajo.

¡Pero también podían hallar el hilo suelto que les condujese a desentrañar toda la madeja del caso Maxwell, que les tenía a todos casi sin sueño desde dos semanas antes!

Las cosas, no obstante, se iban a complicar pronto mucho más.

CAPÍTULO V

En las oficinas del piso catorce encontraron poco de revelador, por más que removieron todo el departamento. Lo único que hizo pensar a Markham fue el hecho de hallar abiertas todas las puertas, incluso la del despacho particular de Lazitowsky.

Cuando salieron del ascensor, encontraron las oficinas vacías. La entrada del mostrador niquelado estaba abierta. Y, según el conserje, todos los empleados habían salido a las cinco.

Markham y Kawera entraron en el despacho de Lazitowsky, el cual conocían bien, por haber estado en él repetidas veces a raíz de la muerte de Maxwell. Sintieron un soplo de aire, procedente de la ventana, que también se hallaba abierta de par en par.

El despacho estaba a oscuras y Phil Kawera tardó unos segundos en encontrar la luz. A través de la ventana llegó hasta ellos el golpe de una puerta al cerrarse en el edificio frontero, al otro lado de la calleja, y, al instante, se apagó la luz de una ventana.

Los dos detectives no prestaron atención a lo que sucedía en el otro edificio.

—Vea qué limpio está todo, jefe —observó Kawera.

Markham miró en derredor y luego se acercó a la limpia y reluciente mesa, sobre la que había varios teléfonos, un dictáfono y un artístico tintero de bronce que representaba un águila, muy estilizada y con las alas extendidas, que descansaba sus garras sobre una esfera del mismo metal y terminaba en una base acanalada para depositar las plumas. Tenía tres recipientes marcados con un círculo negro, otro verde y el último en rojo. Pero cuando Markham examinó los tinteros vio que estaban vacíos.

A un lado, junto a la puerta que comunicaba con el lavabo, había una mesita y encima de ella un moderno televisor. Al otro lado estaba el mueble-bar y varios sillones funcionales.

Kawera se dirigió al bar, lo abrió y escudriñó su contenido.

—Bien —dijo, chasqueando los labios—, esto facilita la investigación.

—No olvides que estamos de servicio —contestó Markham, quien, después de decir esto se sentó detrás de la mesa, sintiendo rozarle los visillos de la abierta ventana.

Intentó abrir un cajón de la mesa, sin éxito.

Contrariado, se levantó y se asomó por la ventana. Allá abajo, como si fuesen pigmeos, vio a la gente que curioseaba a la entrada de la calleja, así como a los agentes que custodiaban el lugar. La altura era considerable e, inconsciente, Markham sintió un estremecimiento. Luego, con sumo cuidado, procurando no tocar el alféizar, corrió el postigo exterior, cerrando los paneles de cristal.

—¿Tienes una ganzúa? —preguntó a Kawera.

—No. Las olvidé en la oficina. Aunque puedo probar con el cortaplumas.

—No, yo también tengo uno.

—¿Un trago, jefe? —preguntó Kawera—. Le juro que lo necesito. Ese Lazitowsky me ha revuelto el estómago.

—Bueno, pero uno solo.

Vertiéndose un buen vaso de «Scotch-Rye», Kawera dijo:

—Este asunto no me gusta. Prefiero andar a tiros con los hampones de Brooklyn que seguir las huellas a un fantasma… Diga, jefe, ¿cree que Lazitowsky se ha suicidado?

—Es posible… ¡Sería una estupenda solución! —Markham forcejeaba con la cerradura de la mesa, hurgando en ella con su cortaplumas—. Y Caryl Potter, ¿se marchó? Cuando salimos del coche le perdí de vista.

—Sí. Iba temblando como una hoja. Por cierto, si Lazitowsky fue asesinado, Potter también queda descartado *ipso facto*.

—Sí, en la muerte de Maxwell también estaba fuera de juego. Su coartada es incuestionable. Pero Potter nos puede ser útil… ¡Ah! —Un chasquido avisó a Markham que el cajón de la mesa estaba abierto—. ¿Ves? Trabaja uno como un «docker» y mira lo que encuentra… ¡Nada, papeluchos sin importancia! Notas, estadísticas, precios, mercancías… Clasifica ahora todo esto y dime lo que tiene relación con el negocio y lo que no… Habrá de ser examinado por un empleado. Puede que haya quiebra, fraude u otra cosa. Todos sabemos que Brian Lazitowsky trabajaba para Robin Maxwell.

Kawera dejó su vaso sobre el mueble-bar y se dirigió al archivo. Nada más abrirlo vio un papel amarillo, suelto. Era un telegrama de la Western Union. Lo tomó y leyó:

> «Llegaré mañana o pasado a tratar venta “Dead Plains”. Alicia Shelwin».

Comprobó Kawera que había sido cursado en San Luis aquel mismo día.

Se lo mostró a Markham.

—¿Eh, qué es eso? —El teniente levantó la cabeza.

Tomó el papel y lo leyó.

—Mira a ver si en el archivo hay alguna referencia a esto.

Kawera removió el archivo. Al recorrer las carpetas en orden alfabético no tardó en encontrar lo que buscaba: una copia mecanografiada, que leyó.

—Aquí está, jefe. Es una oferta de compra para unos terrenos en Arizona.

Markham le quitó el papel de las manos y lo leyó. Al terminar, dijo:

—No me dice nada. Reserva. Así son estos hombres de negocios. Estos compradores anónimos resultan ser, casi siempre, algún vecino que no quiere entenderse directamente con el propietario… ¡Pero me gustaría conocer a esa mujer de Phoenix!

Kawera habló de modo casual:

—¿Me pregunto qué tendrá que ver Potter con esto…?

—¿Potter? ¿Con qué?

—No lo sé… No me haga caso, jefe.

En verdad, Kawera pensaba en Katy Potter, a la que vio aquella noche en el Marylebone Hotel. Y recordó las palabras que Potter dijo a ella, en su borrachera: «¡Nos han matado al “mirlo”, querida!».

Había estudiado a la mujer del sutil atuendo y, sin saber porqué, la relacionaba con la desconocida Alicia Shelwin que firmaba el telegrama. Era una tontería, lo sabía. Katy Potter tenía toda la estampa de las mujeres que frecuentaban los *cabarets* de Columbus Park, o los clubs de Grenwich Village, donde artistas de dudosa fama, bohemios, marineros, morfinómanos, chantajistas, tahúres y la siniestra escoria de los suburbios deambulaban al amparo de la

oscuridad.

No, Alicia Shelwin sería distinta. La imaginaba como una vulgar campesina, poco más o menos… Y habían muchas mujeres en el caso Maxwell… Las pisadas de «mujer» del jardín de Maxwell… Presunta compra de un rancho en Arizona… Potter y su mujer, comprando diamantes en la frontera mejicana.

También había una chica llamada Edira, a quien Kawera estuvo interrogando la noche en que murió Maxwell. No estaba mal Edira, pero iba pintada en exceso. Sí, Lazitowsky había sido para ella sólo un «buen amigo».

Luego estaba la extraña señora Traver. ¡Qué cuerpo más escultural y qué mirada más incendiaria! Era la doncella de Robin Maxwell.

¡Extraño y singular «menage» en Cooper Park!

Emmy Traver era la esposa de Robert Traver, chófer este del millonario muerto, aunque la mujer parecía la dueña de la casa y no una simple sirvienta.

Kawera intuyó que la solución del problema debía estar en alguna de las mujeres que intervenían en el caso, directa o indirectamente.

«Me da en la nariz que este asunto no está maduro aún. ¡Y estoy por jugarme la paga de un mes a que alguna de ellas es la que lleva la batuta!».

Markham le sacó de sus extrañas meditaciones al preguntarle:

—Estás muy ensimismado, Phil. ¿En qué piensas?

—En comer algo, jefe. Y me parece que aquí no tenemos nada más que hacer. ¿Le invito a un «sándwich» de pollo?

—No, te convido yo. Iremos a mi casa.

«¡Nooo!», gritó, mentalmente, Kawera.

—Doris te hará algunos bollitos de jamón.

«¡Te has caído, estúpido!», se reprochó Kawera. Y, en voz alta, con una mueca en vez de sonrisa, añadió:

—Ya sabe que no me gusta molestar. Su familia se dispondrá a irse a la cama. Doris estará cansada del trabajo, viendo la televisión.

—¡Nada de eso! Ambas se alegrarán de volver a verte.

Y sin dar tiempo al joven a defenderse, Markham salió del despacho, acercándose a la centralita telefónica, desde donde hizo una llamada.

—Sargento Stanley, diga que envíen a un par de chicos al despacho de Brian Lazitowsky. ¿Hay alguna novedad? ¿Ha llamado la señora Potter? No, aquí está… ¡Ya sé que salió conmigo, pero se marchó por su propio pie…! Bueno, ahora pasaré por ahí.

Colgó Markham el teléfono y comentó:

—La señora Potter está intranquila por su esposo. ¿Qué te parece, hijo?

—Estupenda —contestó Kawera, instintivamente—. Capaz de comerse a un hombre y quedarse con hambre.

Sin hacerle caso, Markham regresó al despacho de Lazitowsky y murmuró:

—¡Bah! Es una mujer vulgar… No sé por qué se preocupa tanto por su marido. Me da la impresión de que no son lo que se dice un matrimonio modelo.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tras la muerte de Maxwell podía haber un crimen pasional…? Es una idea sin fundamento, desde luego. Lazitowsky es americano, pero de padres polacos. Vino de niño a los Estados Unidos y aquí se educó, pero su sangre es de allá ¡Muy «chopiniano», diría yo! Y hay algunas mujeres en todo esto…

—¡Eh, más despacio! ¿Qué lío estás armando? No, aquí el motivo que yo veo son los doscientos mil dólares que le quitaron a Maxwell. Me temo que…

El timbre del teléfono repicó súbitamente.

Markham salió y se acercó a la centralita, descolgando:

—Diga… ¡Ah, eres tú, Black…! Sí, sí… ¿Edgar Sound…? Sí, compruébalo y mañana me darás el informe. Adiós, Black, y gracias… No, estamos igual que antes.

El teniente colgó.

—¿Qué dice ese bestia, jefe? —preguntó Kawera.

—Es posible que sea un suicidio. Un empleado de Lazitowsky, un tal Sound, dice que su jefe ha pasado una tarde bastante rara. Parecía estar deseando que saliera el personal para quedarse solo. Incluso despidió a la telefonista, la cual suele quedarse hasta más tarde.

»Dice Black que ese Edgar Sound se ha sorprendido mucho de la muerte de su jefe. Asegura que era buena persona y de trato afable con sus empleados, pero que no le iban bien las cosas

últimamente… Todo empezó con la muerte de Maxwell. Edgar Sound vendrá mañana con los otros empleados.

—¿Lazitowsky estaba preocupado? Tal vez esperaba la visita de alguien y no querría que le viesen sus empleados.

—Es posible —admitió Markham—. Veremos si la telefonista puede darnos alguna pista sobre sus últimas llamadas telefónicas.

De nuevo regresaron al despacho. Markham estuvo examinando la ventana por la que debía haber caído, indudablemente, Lazitowsky. Llenó la pipa y la encendió. Detrás de él, Kawera se servía otro doble de *whisky*, pero él no dijo nada.

Abrió la ventana y miró al callejón. Distraídamente, examinó las ventanas del edificio frontero, análogo al que se encontraban ahora, y también dedicado a oficinas. La ventana de enfrente estaba cerrada, pero arriba y abajo habían otras abiertas y con las luces encendidas.

Se dijo Markham que si alguien hubiese estado asomado a las ventanas de enfrente, habría podido ver los últimos instantes de la vida de Lazitowsky.

Se dijo que averiguaría quién ocupaba las oficinas de enfrente, por si habían visto algo sospechoso.

—¡Triste forma de morir! —exclamó en voz alta.

—¿Qué dice, jefe? ¿Qué quiere irse a dormir?

Markham se volvió y miró seriamente a su pupilo.

—Si no fuese porque te conozco y conocí a tu padre, diría que eres un imbécil.

Antes de que Kawera pudiera replicar, fuera se oyó abrirse la puerta del ascensor, seguido de pasos de hombres acercándose. Una voz recia se oyó casi al mismo tiempo.

—¿Está usted aquí, teniente?

—Sí, muchachos. Entrad. —Markham se dirigió a la puerta para dar paso a dos agentes de uniforme, los cuales le saludaron respetuosamente—. Os quedaréis aquí de guardia. Cuando vengan los empleados por la mañana, que nadie toque nada. Nosotros vendremos también a primera hora.

—Muy bien, señor —dijo uno de ellos, llevándose la mano a la visera de la gorra con ademán militar.

—Vamos, Phil… Doris se alegrará de verte.

Al salir de aquella oficina, Kawera sentía un nudo en la garganta

al pensar en los empalagosos bollitos de jamón de Doris Markham.

Y entornó, angustiado, los ojos, como si temiera que su jefe pudiese leer en ellos.

¡La velada que le esperaba no se la deseaba ni a su mayor enemigo!

CAPÍTULO VI

«¡Canastos, con las campesinas de Arizona! ¡Esto es un bombón!», fue lo que pensó Phillip Kawera cuando, al día siguiente, se encontró delante de Alicia Shelwin. Por otro lado, la expresión de abandono, estupor y sorpresa de la muchacha al enterarse de que Brian Lazitowsky había muerto, conquistó el corazón de Kawera. Porque Alicia Shelwin, además de preciosa, expresiva, elegante y escultural, parecía un capullo en flor de los que sólo podían pasar desapercibidos en los áridos desiertos de Arizona.

Innegablemente, Alicia era bonita, y mucho más se lo parecía a Kawera después de haber cenado la noche interior en casa de Markham los famosos bollitos de jamón de Doris, los cuales aún le parecía que le estaban revolviendo el estómago. Y no era por ellos, sino por su autora, la cual, en aquella ocasión, estaba bastante más fea que de costumbre.

Desde la víspera habían sucedido muchas cosas, Teniente y subordinado habían cenado, cambiando impresiones y hecho muchas conjeturas; pero, al mismo tiempo, Kawera había hecho un importante descubrimiento, el cual llenó de alegría a John «Huellas».

Fue una casualidad. Por la mañana temprano, siguiendo instrucciones de Markham, Kawera se dirigió al domicilio particular de Lazitowsky, un hotelito situado en la Avenida Newmark, en New Jersey, donde, con el semblante apenado, un anciano le dijo ser tío de Lazitowsky y escuchó de sus labios la noticia de la muerte de Brian.

Aquel pariente, de origen polaco, era sordo como un muro de cemento y, dado lo temprano de la hora, no llevaba puesto el amplificador del oído, el cual le trajo una doncella, la cual rompió en llanto al saber la luctuosa noticia.

También se extendió la consternación a una muchacha que

apareció en el rellano del primer piso, llevando un salto de cama verde pálido.

Era rubia, tenía la boca grande y sensual, unos ojos esmeraldinos de pureza perfecta, y no contaría más de veinte años. Dijo llamarse Ivora Lazitowsky, hija del finado, huérfana de madre, y Phillip Kawera se enteró, además, que era una notable deportista y que había ganado algunos trofeos jugando al tenis en Forrest Hill.

El tío y la hija de Lazitowsky derramaron las habituales lágrimas, y luego, la joven acompañó a Kawera al despacho particular del difunto, en donde no encontró nada importante.

Kawera insistió, en seguir buscando en la casa…

—Si quiere usted decirme lo que busca, tal vez pueda ayudarle —dijo Ivora Lazitowsky, al llegar a la habitación de su padre.

—Eso querría saber yo, señorita —contestó Kawera, a quien la dominada tristeza de Ivora no producía mucha felicidad—. De todas formas, renunciaré a seguir buscando. Es puro trámite.

Luego, dando su pésame, Kawera se retiró, no sin cierto pesar, pues la chica era preciosa. Se dijo que, en otra ocasión, sería más agradable estar allí.

Luego pensó que Lazitowsky poseía un «Cadillac» azul cielo. Y no le fue difícil llegar a la conclusión de que tal vez estaría en algún garaje próximo a Wall Street, a dónde se dirigía ahora a reunirse con Horace Markham.

En el 27 de Wall Street, él conserje le informó de donde dejaba Lazitowsky su coche. Así, se encaminó al garaje de Pine Street, en donde un grupo de empleados, con monos blancos, leían la noticia de la muerte de Lazitowsky.

En pocas palabras expuso el motivo de su visita.

Le acompañaron hasta la séptima planta, donde, en un hacinamiento de vehículos perfectamente ordenado, le mostraron el coche de Lazitowsky.

—Éste es, señor.

—¿Tienen las llaves?

Un empleado gritó a otro que limpiaba un coche:

—«Smoke», trae las llaves del señor Lazitowsky… ¡Es policía!

El aludido acudió apresuradamente, después de tomar las llaves de un tablero.

—Aquí están… Si puedo servirle en algo… ¡Pobre señor

Lazitowsky, qué muerte más espeluznante! ¡Era muy generoso!

Kawera, sin hacerle caso, abrió la portezuela y registró las carteras interiores levantó el linóleo del piso y lo removió todo, incluso los asientos. Como no sabía lo que estaba buscando era meticuloso en extremo.

Por último, se acercó al portaequipajes.

—No hace falta abrirlo. El señor Lazitowsky lo lleva siempre abierto —dijo un empleado.

—¡Ah, bien! —contestó Kawera, levantando la capota. Vio varias herramientas, una rueda nueva y un paquete envuelto en papeles de periódico.

Kawera tomó aquel paquete, comprendiendo enseguida que eran un par de zapatos. Lo desenvolvió, casi trémulo, y abrió ojos y boca. ¡Era tan extraño lo que vio que, rápidamente, asoció su descubrimiento con John Garr, del servicio de identificación!

¡Y era que los zapatos de hombre que sostenía llevaban algo adherido a la suela y que parecía como otra suela y tacón de zapato femenino!

A Kawera le faltó tiempo para correr hacia el 27 de Wall Street y llevar su hallazgo a Markham, quien, al ver lo que traía el joven le palmoteo alegremente en la espalda.

—¡Magnífico, Phil! Esto es muy importante… ¡Ahora ya sabemos quién mató a Robín Maxwell!

Phillip Kawera, pese a saber que aquellos zapatos no demostraban nada, se hinchó como un pavo ante los elogios.

Del interrogatorio de los empleados de Lazitowsky, aparte de lo dicho al agente Black por Edgar Sound la noche anterior, poco más se pudo añadir.

La telefonista no tenía la mala costumbre de escuchar las conversaciones telefónicas y se molestó muchísimo por la duda que entrevió en las palabras de Markham.

Otro empleado, un joven llamado Eaton, bastante bien parecido, dijo haber escrito la carta para Alice Shelwin, de acuerdo con un borrador que le dio el propio Lazitowsky, pero ignoraba todo lo demás.

Fue poco después cuando hizo su aparición la propia Alicia Shelwin, la cual, al recobrarse de su primera impresión, dijo:

—He sido una tonta al dejar «Dead Plains» y venir a Nueva York.

—Le ruego que nos diga lo que sepa —habló Markham—. ¿Habló usted con Lazitowsky?

—No. Pero le envié un telegrama. No creo que esto sea ningún misterio… ¿Qué haré ahora, sola en ésta irán ciudad, donde no conozco a nadie?

—Dígame —insistió Markham—, ¿qué hay en su rancho para que Lazitowsky quisiera comprarlo?

—Nada. Es la tierra más seca y árida que hay en el mundo. Comprenda usted que cualquier oferta podía interesarme. Mi padre había muerto y no sabía qué hacer con todo aquello.

—¿Cómo murió su padre, señorita? —preguntó Markham.

—Supongo que debió morir agotado por el trabajo. Sin embargo, el doctor Holley, de Phoenix, me habló algo de debilidad cardíaca… ¡Papá fue siempre muy bueno conmigo, pero, muriéndose, me hizo un pobre favor!

—Lo siento… Bueno, creo que ya está todo explicado no veo que su caso tenga relación alguna con la muerte de Brian Lazitowsky. Ya puede usted marcharse, señorita Shelwin. Pero, por si acaso, déjeme sus señas.

—Aún no tengo alojamiento —replicó ella.

—Bueno, cuando lo tenga, pase por mi despacho. Creo que no la necesitaré para nada, pero uno nunca sabe lo que puede ocurrir.

Alicia miró al teniente con triste expresión y luego a Kawera, quien parecía devorarla con los ojos, o, al menos, esto le pareció a ella.

—¡Qué tonta he sido! —exclamó la muchacha—. ¿Y ahora qué puedo hacer?

El mundo pareció convertirse de repente en algo rosado para Kawera al oír esto, porque si, como decía su jefe, el asunto Maxwell estaba solucionado con el descubrimiento de los anómalos zapatos que parecían confirmar la culpabilidad de Lazitowsky, podría tomarse unos días de descanso. Y Alicia Shelwin, la desamparada, era la compañía que él tanto necesitaba.

—¿No conoce usted Nueva York? —preguntó, rehuyendo la inquisitiva mirada de Markham—. ¿Y no tiene ningún conocido aquí? Yo puedo servirle de cicerone.

—No sé qué hacer. Tenía todas mis esperanzas puestas en el señor Lazitowsky. Pero… ¿es que no hay nadie que continúe los

negocios de este señor? En la carta me hablaba de un cliente…

—No sabemos nada de él, señorita Shelwin —respondió Markham.

—Hemos interrogado a todos los empleados —agregó Kawera—. Y nadie sabe nada. Aunque no se preocupe, señorita Shelwin. Intentaremos ayudarla. Nosotros, los de la policía, tenemos muchos recursos.

—Sí —añadió Markham—, muchos recursos. Por esto vas a ir ahora mismo a Cooper Park y confrontarás estos estúpidos zapatos. Habla con los vecinos, por si alguien vio el «Cadillac» azul aparcado en las inmediaciones. Procura trabajar bien y cuanto más tardes en aparecer por la oficina, tanto mejor. Mientras, la señorita Shelwin quedará a mi cuidado… ¡Yo la prevendré contra ti! ¡Andando, sabueso, largo de aquí antes de que me enoje!

El enojo de Kawera duró poco. A los diez minutos de haber salido de la oficina de Lazitowsky ya se había calmado casi por completo.

Kawera sólo contaba veintiséis años y, a su edad, los jóvenes de Nueva York se consuelan fácilmente, en especial, sabiendo que en el Club Maracaibo actuaba Jay Albert, y en donde había unas chicas estupendas.

Ahora, no obstante, estaba de servicio y aún no haría llegado la hora del almuerzo, hora en que difícilmente podría encontrar algún «flirt» en «Maracaibo’s».

Así, tarareando un «*twist*», asido al volante del «Mercury» oficial, se dirigió a Manhattan Bridge. Poco después se detenía en Morgan Avenue, frente a la mansión del difunto Robín Maxwell.

Dejó el coche y caminó por la acera, junto al pequeño muro de ladrillos rojos, al otro lado de los cuales estaba el bosquecillo de pinos enanos. Pero antes de llegar a la verja de entrada, se detuvo porque le pareció ver a alguien conversando con una mujer en la terraza lateral de la casa, exactamente delante de la puerta vidriera del salón bar.

La distancia no era mucha y Kawera reconoció al chófer y mayordomo de Maxwell, Robert Traver, el marido de la sugestiva Emmy. Pero la mujer que se hallaba con él no era su esposa, de esto estaba seguro. Aunque su figura, de espaldas, le parecía vagamente

familiar.

Se dio cuenta, sin embargo, de que la mujer gesticulaba al hablar. En uno de estos movimientos, el bolso cartera que colgaba de su hombro derecho se le cayó y ambos se agacharon instintivamente a recogerlo.

Al instante, cuando Traver se levantó, vio a Kawera y dijo algo a su interlocutora, la cual se arrimó instintivamente a la casa, situándose fuera de la vista del policía. Un momento después, Robert Traver y su acompañante se alejaron rápidamente hacia la parte posterior del edificio.

Esto hizo que el joven Kawera encontrase sospechosa la actitud de la pareja. Y como los había perdido del vista, se acercó a la verja. Cerca, junto al camino enarenado, entre un seto de flores, estaba el viejo Samuel, podando ramitas con unas tijeras.

—Buenos días, Sam. ¿Cómo se encuentra?

—Hola, señor «Kaware…». Perdón, nunca se me quedan los nombres —contestó el anciano, intentando sonreír.

—Kawera, Phillip Kawera… He visto a Traver hablan de con… ¡Me pareció su esposa!

—Emmy no está aquí. —El viejo miró sorprendido al joven—. Gisella no se encuentra bien y ella ha ido a la compra. Salió ya hace más de una hora en el «Ford».

—Bueno, iré a ver a Traver… También veré a Gisella. De haber sabido que no estaba buena le habría traído unos bombones. Pero córteme unas flores y se las llevaré.

—¡Oh, señor «Kawera», se pondrá muy contenta! Ella le quiere a usted mucho. Dice que se parece a nuestro pobre Dick… Murió en Alemania, al final de la guerra.

Kawera golpeó suavemente la encorvada espalda del anciano jardinero y se alejó hacia la casa, mirando de reojo hacia el bosquecillo de pinos. Más no vio a nadie.

No subió la escalinata del porche. Torció a la derecha y se dirigió a la terraza. Al no ver a Traver pensó que se habrían ocultado. ¿O acaso pretendía ocultar a la mujer que estaba con él? ¿Quién era aquella mujer? ¿De qué la conocía? En su mente bailaba de un modo confuso la cabellera rubia…

Llegó a la puerta del salón bar, en donde había visto conversando a la pareja, la cual estaba abierta. No así la de la

biblioteca.

Cuando se disponía a ir hacia la parte posterior del jardín, por dónde dedujo que debió salir la mujer que estaba con Traver, vio algo en el suelo que le llamó la atención. Era un pequeño disco brillante, como una moneda. Se inclinó a recogerlo…

¡Era un pequeño escudo de un conocido club de tenis! En el mismo instante recordó a la mujer. Era Ivora Lazitowsky, a la cual había conocido aquella misma mañana en New Jersey.

—¡Vaya, muy interesante!

Apareció Robert Traver. Regresaba del jardín y venía con la cabeza baja. Al ver a Kawera pareció sorprenderse.

El agente se guardó el escudo en el bolsillo y se acercó al chófer-mayordomo, quien vestía su uniforme azul e iba sin corbata. Estaba sin afeitar y Kawera dedujo que su semblante ofrecía muestras de cansancio o preocupación.

—Buenos días, señor Kawera. ¿Qué le trae por aquí?

—Nada de particular. ¿Cómo está su esposa? Me pareció haberla viste hablando con usted hace un momento.

Traver desvió la mirada. Tardó unos segundos en contestar:

—Está bien. Gracias. ¿Desea algo de mí?

—Quería hacerle a usted unas preguntas acerca del señor Maxwell.

Traver levantó vivamente la cabeza.

—¿Aún desean saber más? Ya he contado más de cíen veces lo que sé.

—Es algo sin importancia, ¿comprende…? Maxwell era viudo desde hacía años. Y un hombre de su posición… Bueno, creí que podría tener alguna amiga.

Kawera no apartaba la mirada del rostro del otro creyendo captar cierta inquietud.

—¿Una amiga…? ¿Cómo quiere que sepa yo esto?

—Usted le llevaba en el coche… Un «Pontiac» gris ¿verdad? ¿O le llevaba en el «Buick-Kapitan»…? Supongo que no saldrían en el «Ford».

—Solía pedir el «Pontiac». El otro era para los viajes largos… El «Ford» lo usamos nosotros. Llevo en él a Gisella a la compra. Precisamente es el que llevamos a la excursión aquella tarde…

—Dígame, Traver, ¿llevó usted a Robin Maxwell con alguna

mujer…? ¿Conoce usted a la señorita Lazitowsky? Sé que Gisella está en la cama y que su esposa de usted ha ido a la compra…

—¡Oiga, yo no…! ¿De qué me acusa? ¡No he matado a nadie, ni sé de lo que me está hablando! ¡Todo cuanto tenía que decir lo he dicho ya! ¿Qué pretende?

Kawera era algo más joven que Robert Traver y además, tenía muy poca paciencia. Consideró que el chófer hablaba demasiado alto y dio un paso adelante, agarrándole de la solapa.

—¡No me levante la voz, Traver, o le aplasto la nariz! ¡Y conteste a lo que le pregunto! ¿Qué hacía esa chica aquí? ¿Por qué se fue en cuanto aparecí yo? ¡Hable!

Traver se envaró, como dispuesto a repeler la agresión, pero Kawera actuó rápidamente y el chófer se encontró, sin saber cómo, atenazado por una llave de «judo».

—¡Conteste! —exigió Kawera.

—¡Ay…! ¡Suélteme! —gimió Traver.

La mano abierta del agente cayó suavemente sobre el cuello de su apresado, el cual tuvo la impresión de haber sido sacudido por una corriente eléctrica de alto voltaje.

—¡Suélteme…! ¡Le diré lo que desee…!

—¿Quién estaba aquí con usted hace un momento?

—La señorita Lazitowsky.

—¿Por qué se escondió al verme?

—No quería ser vista… Vino a decirme que su padre no se había suicidado.

—¿No? ¿Por qué?

Traver respiraba con fatiga y parecía un animal salvaje atenazado en una trampa de acero. Pero dudaba en hablar.

—Siga… ¡Quiero saberlo todo! ¿Qué relación tiene la hija de Lazitowsky con todo esto?

—No lo sé… ¡Déjeme ya!

Ahora, la mano de Kawera volvió a caer con rudeza sobre el cuello del infeliz, quien gritó:

—¡No…! ¡Se lo diré…! ¡La señorita Lazitowsky era la novia del señor Maxwell!

—¿Eh, cómo?

—El señor Lazitowsky ignoraba esto. El señor Maxwell y ella se veían en secreto. Yo les llevaba en el coche con cierta frecuencia.

Solíamos ir a un hotelito que mi jefe posee en Gret South Bay. Creo que pensaban casarse.

Phillip Kawera dejó escapar un apagado silbido. ¡Vaya con la jovencita deportista! Amores secretos con el millonario, socio de su propio padre. En realidad, no era extraño. Incluso, era posible que Lazitowsky estuviera enterado.

¡Y él, Kawera, que había creído otra cosa!

Y su sospecha no carecía de fundamento, puesto que conocía bien a Emmy Traver, la mujer del que ahora le confesaba las intimidades de su amo.

Pero, en aquel preciso instante, una voz clara y risueña, detrás de ellos, les sobresaltó. Kawera soltó precipitadamente a Traver y se volvió.

A corta distancia, en la escalinata de la terraza, estaba Emmy, la esposa de Robert Traver.

—¡Vaya, Bob, veo con desagrado que estás perdiendo forma! ¿Te intimida la policía? ¡Pareces un guiñapo en sus manos…! ¿Cómo está usted, señor Kawera? ¿Le ha sido muy difícil sonsacar a Bob? Hágame caso. No le crea. Lo conozco bien y sé que dice mentiras muy grandes con verosímil aplomo.

—¡Cállate! —gritó Traver, enrojecido y descompuesto.

—¡Ay, mi pobrecito…! ¿Ahora se te ocurre hacerme callar, querido? ¡Qué sensible te estás volviendo! ¡Más te valdría ir a asearte un poco! ¡Eres de lo más desastrado y grosero que conozco!

Phillip Kawera examinó con detenimiento a Emmy Traver, la cual aparecía más esbelta que otras veces, ataviada con un ajustado pantalón y un ceñido jersey gris que se adaptaba perfectamente a sus provocativas formas.

«¡Hay demasiadas mujeres bonitas en éste asuntó!», se dijo Kawera, con cierto regocijo interno.

CAPÍTULO VII

Emmy Traver era pelirroja, tenía los ojos pardos y enmarcados en largas pestañas. Su mirar era turbador.

—¿Qué le trae por aquí? —Ella miraba a su marido alejarse—. Dentro de poco habremos de abandonar esta casa. ¡No crea que no lo siento! Pero, gracias a Dios, hemos logrado ahorrar algunos dólares y podemos establecernos en alguna parte. Bob piensa poner un taller de reparaciones.

Kawera se sacudió del hechizo que le producía aquella mujer, con sólo evocar la imagen de Alicia Shelwin. Se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Aún hay mucho trabajo que hacer en este asunto. De momento, hemos encontrado un curioso par de zapatos en el coche de Lazitowsky. Quiero hacer una prueba con ellos desde la biblioteca hasta el muro de ladrillos… Dígame, señora Traver, ¿conoce usted a Ivora Lazitowsky?

—¿La jovencita deportista…? Sí; últimamente, venía por aquí con sospechosa frecuencia. Opino que esa niña no es todo lo honesta que pretende ser.

«¡Celos!», pensó Kawera. Y sintió, de repente, una gran admiración por el difunto Robin Maxwell.

Pero Emmy Traver cambió rápidamente de tema, añadiendo:

—Toda la casa está a su disposición, señor Kawera. Ahora mandamos aquí nosotros y el abogado testamentario. Venga, le acompañaré.

—Un momento. Tengo que ir al coche a buscar los zapatos.

Fue Kawera en busca de ellos y regresó en contados minutos. A la puerta del salón bar le esperaba ella.

—Jamás creí que un policía pudiera ser como usted. En las películas se ven esos hombres con cara de perro de presa…

—¡Qué deliciosa es usted! —exclamó Kawera, irónico.

—No está bien que diga esas cosas a una mujer casada. —Emmy fingió un mohín de rubor.

Kawera se acercó a la puerta del salón.

—Aguarde un momento —dijo de súbito.

Y entró.

Todo parecía estar en orden. El mueble-bar estaba cerrado. Mas, sobre una mesita, cerca de la ventana, vio los vasos semivacíos, en donde burbujeaba aún la soda. En el cenicero había un cigarrillo aplastado, con manchas de «*rouge*» en la boquilla. Kawera comprendió y salió a la terraza.

—¿Ha visto algo sospechoso? —preguntó Emmy, ahuecándose el pelo con un gesto de infinita coquetería.

—No, nada. No he entrado a buscar nada… Quería tomar una copa.

—¡Yaaah!

Él no replicó, dirigiéndose hacia la puerta vidriera que daba a la biblioteca. Ella le siguió, en silencio.

Fue preciso empujar con fuerza para poder abrir la puerta.

—Ahora nos da a todos cierto reparo entrar aquí. El bueno de Ro… Quiero decir, el señor Maxwell, solía pasar aquí la mayor parte de su tiempo. Leía y saboreaba su «Scotch». Era un sibarita.

Kawera no pasó por alto el «lapsus lingüe» de Emmy, pero no hizo el menor comentario, aunque siempre sospechó que entre Emmy y el asesinado millonario debió existir algo oculto. Desde luego, era posible que aquello tuviese alguna relación con su muerte y no se podía descartar el crimen pasional. Pero ¿mató verdaderamente Lazitowsky a su socio? ¿Habría descubierto las relaciones de su hija con Maxwell y no las aprobaba? ¿Y qué papel jugaban en aquel embrollo el matrimonio Traver, ella doncella de Maxwell y él su chófer?

Kawera no podía contestar a nada, pero intuía que Lazitowsky no mató a Maxwell, aunque todo parecía demostrar lo contrario.

Al fin, abrió Emmy la puerta y se apartó a un lado con cierto reparo. Phillip Kawera entró despreocupadamente.

—Pase y descorra las cortinas.

La mujer obedeció mientras él iba a sentarse en el sillón de cuero blanco, donde Maxwell había hallado la muerte. Estaba quitándose los zapatos cuando Emmy Traver se puso en jarras ante

él.

—Me resulta usted muy simpático, Kawera… ¿De qué hablaba con Bob?

—De Ivora Lazitowsky.

—¡De esa víbo…! ¿Por qué?

—Cuando yo llegué la vi aquí hablando con su marido. Pero al verme se marchó a toda prisa.

Emmy no respondió. Se volvió y pareció enfrascarse en la contemplación de los libros de la estantería. Kawera creía adivinar sus pensamientos.

Cuando se hubo quitado los zapatos, tomó los otros, los hallados en el coche de Lazitowsky, y empezó a ponérselos. Eran de un número mayor que el suyo. Pero el mismo periódico en que estaban envueltos solucionó el problema. Cortó una página y la empleó de relleno.

Precisamente, en la página de sucesos del «Times» vio un titular que ya había leído días atrás. «¿Qué hace la Brigada de Homicidios? Diez días después del asesinato de Robin Maxwell, la policía aún no ha detenido a nadie».

—¡Imbéciles! —exclamó con furia.

Emmy Traver se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, sorprendida.

—Nada… ¡Nada! Perdone. Ahora voy a representar el papel de asesino. Creemos que estos zapatos los llevaba puestos el hombre que mató a Robin Maxwell. ¿Sabía usted que era un hombre?

—¿Yo…? ¡Yo no sé nada, señor Kawera! ¿Cómo iba a saberlo? Sé lo que dice la Prensa… Siempre mencionan el asesino y eso me hace pensar en un hombre.

¿Por qué había de ser una mujer?

—La Prensa dijo que los testigos vieron huir a una mujer.

—No lo afirmaron categóricamente —repuso ella.

—Bueno, dejémoslo. Ahora, siéntese aquí, en este sillón. Yo saldré fuera y entraré de nuevo. Usted me conoce, como suponemos que Maxwell conocía a quien le mató. Sobre todo, fíjese en mi modo de andar.

Kawera hubo de hacer equilibrios para mantenerse sobre los zapatos de la suela arreglada. Salió y entró, estando varias veces a punto de caer.

Emmy sonrió al verle entrar de nuevo en la biblioteca.

—¿Qué le ha parecido?

—Me parece más alto… Y camina con poca seguridad.

—Eso de más alto ya es significativo —comentó Kawera. Y añadió con voz siniestra, a la vez que sacaba la pistola de su funda axilar—: ¡No se mueva o la mato! ¡Abra la caja de caudales!

—Pe… pero… ¡Oh, es una broma! ¿Verdad?

—¡Haga lo que le digo o disparo!

Emmy retrocedió unos pasos. Tropezó con el sillón y cayó sentada. Temblaba al mirar al arma que empuñaba Kawera.

Pero el joven agente no la miraba ahora. Sus ojos, por encima de la cabeza de ella, miraban la estantería que había detrás.

—¡Qué susto me ha dado…!

Kawera no respondió. Caminando rápido se acercó a la estantería objeto de su curiosidad, a la vez que se guardaba la pistola. Extrajo un libro y lo examinó, volviendo luego a ponerlo en su sitio. Luego repasó los que había a ambos lados del que había extraído primero.

—¿Ha descubierto algo, señor Kawera?

—No lo sé. ¿Quién limpia aquí?

—Yo, de vez en cuando. Quito el polvo Pero no toco un libro de su sitio; el señor Maxwell me lo tenía prohibido.

—¿Era Maxwell meticuloso?

—En extremo. ¡Metódico y ordenado como nadie!

Quería todas las cosas en su sitio y un sitio para cada cosa.

—¡Es extraño! —murmuró Kawera.

Retiró algunos libros, confiando encontrar alguna muesca o señal, pero no halló nada, por más que pasó las yemas de los dedos sobre el estuco. Luego, volvió a colocar los libros y estuvo un rato, muy concentrado, examinando las otras estanterías.

Estuvo más de media hora repasando los títulos de los libros escritos en los lomos.

—¿Qué ha visto usted? —preguntó, al fin, Emmy Traver.

—No lo sé… Ahora reconstruiré el crimen de modo más real. Le ruego que advierta usted a los otros que voy a hacer un disparo dentro de la biblioteca.

—¿Un disparo? ¿Qué se propone?

—Voy a destrozar un libro. Y lo siento, pues soy muy amigo de

los libros. Supongo que el señor Maxwell ya no le importará.

Se sentó y empezó a quitarse los zapatos, mientras Emmy Traver abría la puerta del «*hall*» y hablaba con su marido.

—El señor Kawera está reconstituyendo el crimen, Dice que va a disparar la pistola y hará ruido. No te alarmes y avisa a Gisella. Si está Sammy por ahí, adviértele también.

Un gruñido fue la respuesta de Robert Traver. Luego, Emmy regresó a la biblioteca, cuando ya Kawera se calzaba sus propios zapatos y envolvía los otros en el periódico.

—Espero tener éxito —dijo el joven—. De lo contrario, le ruego que no diga nada al teniente Markham.

—Pierda cuidado, señor Kawera. Puede usted disparar.

El agente sonrió, extrajo la pistola y se situó delante del sillón de cuero, en el mismo lugar en que podía estar el asesino cuando mató a Maxwell.

Extendió la mano, apuntando al lomo de un libro, y disparó.

La detonación retumbó en la estancia y Emmy Traver se estremeció.

Luego, Kawera corrió a comprobar su disparo. Extrajo el libro y vio, con decepción, que la bala estaba empotrada en el muro, después de haber atravesado el libro en el sentido de sus hojas.

—¡Qué porquería! —exclamó—. No esperaba esto.

—¿Qué pensaba usted? —inquirió Emmy, acercándose a él.

—Creí que la bala quedaría en el libro, sin fuerza para atravesarlo.

Emmy tuvo una súbita inspiración, al decir:

—¿Pretende usted que la bala, después de haber matado al señor Maxwell, pudiera perforar el libro?

Kawera no contestó. Él sabía, por el informe forense, que la bala quedó alojada en la cabeza de Maxwell. Estaba pensando en otra cosa, algo más atrevida.

¡Y de pronto tuvo una fugaz idea! ¡Sí, podía ser…! ¡Era plausible! ¡Dios mío, sería demasiado diabólico! ¡Incluso Markham quedaría asombrado!

Y dijo, en voz alta:

—¿Dónde estará el otro libro, el que falta de la colección de las Leyes Marítimas?

Aquél era el eslabón perdido. Como un poseso, Kawera se lanzó

a la estantería y comprobó que faltaba el tomo IV. Él acababa de estropear el tomo VII ¡Pero en el lugar del tomo IV había un ejemplar de cuentos escandinavos!

La asombrada Emmy Traver veía al joven policía buscar como un orate por las otras estanterías. Leía los títulos de todos los libros cuyo tamaño fuese semejante al de las Leyes Marítimas.

Al final, después de una hora, durante la cual Emmy salió y entró varias veces en la biblioteca, Kawera se dio por vencido. El libro perdido no estaba en la biblioteca.

Aún hizo otro descubrimiento. En una estantería halló una colección de cuentos de diferentes países. Los había holandeses, eslavos, ingleses, americanos… ¡Pero faltaban los escandinavos! Por esto llegó a la conclusión de que alguien había quitado de su sitio el tomo IV de las Leyes Marítimas, poniendo en su lugar los cuentos escandinavos.

—Bueno —preguntó, al fin, Emmy Traver—, ¿ha descubierto usted algo importante?

—Tal vez sí. Pero no lo diga usted a nadie, por si acaso… Y, aunque parezca una incongruencia, estoy convencido de que el asesino de Maxwell hizo dos disparos la noche del crimen.

—¿Dos disparos? Pero…

—Sí, ya sé. Y digo más: Estoy convencido de que esos disparos no fueron oídos por ningún testigo. Sólo los oyeron Robin Maxwell y el hombre que lo mató.

Phillip Kawera no había hecho ningún descubrimiento. Sólo tuvo una inspiración. Pero temía ser el hazmerreír de la Brigada. De decírselo a Markham, incluso se vería tachado de imbécil. Pero su inspiración cambiaba por completo todo el aspecto del caso Maxwell.

¡Y si podía demostrar que había dado en la diana, lo que se iba a reír de sus compañeros que le llamaban la «sombra» de Markham!

Sin embargo, era necesario ser precavido. No confiaba mucho en su suerte y debía medir bien sus pasos.

Así, pues, decidido a investigar por su cuenta, creyéndose en terreno firme, abandonó Cooper Park, sin apenas hacer caso de las voces del viejo Samuel, que le llamaba desde el jardín, agitando sobre su cabeza un, manojo de flores.

—¡El señor «Komare»…! ¡Aquí tiene las flores para Gisella!

No le oyó.

Subió al «Mercury» y poco después volaba hacia Center Street. Iba tan absorto que cuando salió del coche ante el Cuartel General de la Policía, y se disponía a entrar, estuvo a punto de tropezar con una precios; muchacha que salía en aquel momento.

Ella exclamó:

—¡Señor Kawera!

—¡Eh…!

Era nada menos que Alicia Shelwin, más radiante que por la mañana y sonreía de un modo encantador.

—¿Qué hace usted en este antro maléfico?

—Vine a ver al teniente Markham. Ha sido muy amable conmigo. Incluso me ha proporcionado alojamiento Ahora iba a buscar mi equipaje a la estación. Pero no sé si sabré ir hasta allá.

CAPÍTULO VIII

—¡Por San Patricio que me alegro infinito de volver a verla! Permítame llevarla en el coche. No quiero que se pierda.

—Pero… ¿No iba usted arriba? —preguntó Alicia.

—¡Bah, al viejo ya le tengo muy visto!

—Acabo de dejarle en compañía de un tal Caryl Potter. Hay también un taxista.

—¿Caryl Potter y Malpole? —preguntó Kawera.

—Sí, parece ser que son importantes testigos de un crimen.

Kawera estaba consciente de todo. Pero se dijo: «Si el viejo me necesita, que me busque… ¡Para eso es policía!». Y, en voz alta, añadió, a la vez que tomaba a la muchacha familiarmente del brazo:

—Vamos a la estación. Se me acabó la prisa.

Ella rió, divertida. Le gustaba Phillip Kawera y no podía disimularlo. El «Mercury» les llevó en pocos minutos a Grand Central Station. Luego, él propuso ir a tomar el «*lunch*» y ella aceptó, cada vez más encantada.

El almuerzo fue muy grato para la muchacha de Arizona. Descubría en su acompañante una vivacidad sorprendente y, por momentos, se sentía más atraída hacia él. Incluso, después del postre, él la tomó la mano y ella no dijo nada, pendiente como estaba de las palabras de él.

—Hay muchas chicas bonitas en Nueva York… ¡Pero si las de Phoenix son como usted, ahora mismo tomo el avión y me voy allá a buscar mi media costilla!

—Es usted muy galante.

—Esta noche me gustaría llevarla a un club nocturno a bailar. ¿Quiere aceptar mi ingrata compañía? —propuso él.

—Es usted tan amable que no tendré más remedio que acceder. Y ahora, podremos ir al Dalmónico.

—¿Al Dalmónico? —inquirió Phil, sorprendido.

—Sí, es el hotel que me ha recomendado el señor Markham.

—¡Ah, bueno! Pues vamos allá.

Kawera pagó la cuenta y regresaron al coche de la policía.

El Dalmónico era un sencillo hotel, muy poco conocido. Casualmente estaba cerca del Marylebone Hotel y al pasar frente a él, Kawera pensó en Katy Potter. No obstante, la compañía que llevaba ahora era mucho mejor que la esposa de Potter.

—La dejaré en el Dalmónico y vendré a buscarla a las siete. ¿Le parece bien, Alicia?

—¡Magnífico! Lo he pasado tan bien que deseo continuar.

La respuesta animó a Kawera y se ofreció voluntario para llevar arriba la maleta. El nombre de Horace Markham obró, el milagro de despertar al soñoliento conserje que estaba detrás del «comptoir». Además, Kawera tampoco era desconocido allí y el hombre, en sus reverencias, dio con la frente sobre el mostrador.

—Sí, señor Kawera… La mejor habitación para la señorita… La número 20, en el primer piso. ¿Estará la señorita muchos días con nosotros?

—No lo sé —contestó Alicia Shelwin—. Depende de muchas cosas.

Y como el conserje fuese a tomar la maleta de ella, Kawera le atajó, diciendo:

—Yo mismo la subiré. Dame la llave.

El hombre sonrió, ansioso por complacer a la policía.

Por su parte, Kawera llevó su galantería hasta la misma habitación número 20, donde entró con el equipaje de la muchacha. Una vez allí, cerró cuidadosamente la puerta y, un segundo después, Alicia Shelwin estaba en sus brazos.

—¡Qué bonita eres, preciosa! —murmuró él, ceñido a cintura de ella, y esforzándose por abrazarla con más fuerza.

Alicia, por vez primera en su vida, saboreó el beso de un hombre, encontrándolo delicioso y apasionante.

Luego, la muchacha entornó los ojos…

Al descender al vestíbulo, Phillip Kawera iba sumergido en un mundo de maravillosos ensueños. Se arreglaba instintivamente la corbata de pajarita y apenas si se dio cuenta del saludo del conserje.

—Adiós, señor Kawera.

—¡Adiós, adiós y… hasta pronto…!

Fuera, en la calle, se encontró con un conocido que estaba examinando el «Mercury».

—¡Hola, «jabonero»!

—Hola, Jimmy Mac Cormick. ¿Qué haces aquí…? ¡Ah, estás vigilando a Potter!

—El viejo me tiene rabia y me hace ir detrás de ese mercachifle. —El agente Mac Cormick indicó con un gesto de cabeza el próximo Hotel Marylebone—. Ahí me paso la vida, leyendo periódicos. Cuando sale Potter nos ponemos de acuerdo. «¿A qué hora volverás, querido?, le pregunto. Él me sonríe y me contesta: “Pronto, encanto. Voy a dar un paseo por Central Park”, “¡Hasta luego, cielo!”, “¡Adiós, pichón…!”. ¡Lo que yo te digo Phil, el viejo me tiene manía y aquí me tiene perdiendo el tiempo!».

Kawera sonrió compasivo.

—Oye, ¿dónde está Potter ahora?

—Supongo que arriba. Habitación 104, pasillo segundo a la izquierda del octavo piso.

—Voy a subir un momento. Necesito que me aclare algo. —Y cuando se alejaba hacia la entrada del Marylebone, agregó, por encima del hombro—: Tengo una idea que, como resulte, sonará como una bomba.

Encontró a Caryl Potter fumando un largo cigarro puro. Él mismo abrió la puerta, contestando a su llamada. Por encima de su hombro, Kawera vio a Katy asomar por una puerta del fondo y sonreír de un modo incitante, como haría, entre gatos, una gata en el mes de enero.

—¡Hola, señor Kawera! ¿Cómo está usted…? Acabo de venir de su oficina y no le he visto por allí… ¡Pero pase, tomará usted una copita conmigo!

—Sí, hazle pasar, querido —intervino la mujer, avanzado una pierna mostrándola por encima de la rodilla través de su bata—. El señor Kawera se portó muy bien contigo aquella noche. Te trajo a casa… ¡Tú ni siquiera recuerdas cómo estabas!

Potter abatió la cabeza, avergonzado. Luego, tomó a Kawera del brazo y le hizo pasar.

—Cómo puede ver, estamos preparando el equipaje. Ya tengo permiso del teniente Markham para marchar. Queremos ir a

California. Katy es de allí y su madre nos está esperando. Quiero tomarme unas cortas vacaciones… Anhelo ir a pescar.

Kawera vio varias maletas en un rincón. También observó un juego de cañas de pescar.

—No le entretendré mucho, Potter. Sólo quiero que me facilite un dato. Sé que le parecerá extraño, y más a estas alturas, pero creo haber efectuado un descubrimiento.

Potter tomó una botella de una mesita y vertió una fuerte dosis en un vaso. Escuchaba atento a Kawera, quien, a su vez, admiraba la pierna de Katy.

—¡No faltaba más, señor Kawera! Usted dirá.

—Mi pregunta es ésta. ¿Está usted seguro de haber oído un disparo la noche en que mataron a Robin Maxwell?

—¿Un disparo…? ¡Naturalmente que sí! ¿Por qué me pregunta eso?

—Yo tengo el convencimiento de que se hicieron dos disparos —contestó Kawera.

Potter sacudió la cabeza.

—No. Tanto Malpole como yo oímos un solo disparo.

De eso tengo absoluta seguridad… Es curioso, ¿de dónde saca usted que se disparó dos veces? Pero, dejemos eso. ¿A mí qué me importa…? Este mediodía le he visto en un restaurante próximo a Grand Central Station con la señorita Shelwin. ¡Muy guapa chica, a fe mía!

—¿La conoce usted, pues? —inquirió Kawera, sorprendido.

—Sí. Me la presentó el teniente Markham en su despacho esta mañana.

Kawera recordó y sonrió.

Por su parte, Katy Potter frunció el ceño. Y Potter tendió a Kawera un vaso de *whisky*.

—Sí, es cierto —contestó Kawera, aceptando el vaso—. Es una mujer maravillosa. —Pero, al instante, volviéndose serio, añadió—: Y dígame, ¿no pudieron sonar tan seguidos los disparos que pareciesen uno solo?

Potter dudó.

—No sé qué decirle. Juraría que fue un solo disparo. Aunque, si fueron dos… ¡Pero qué diablos! Malpole también los habría oído.

Phillip Kawera parecía contrariado.

—¿Está usted seguro?

—Sí, seguro. Fue un solo disparo… ¿Qué pretende usted con esto, Kawera? Todos hemos leído la información de la Prensa. Maxwell tenía un balazo en la cabeza.

—Ando detrás de una bala que fue a incrustarse en un libro.

Caryl Potter abrió mucho los ojos, como quién se cuenta de repente que está hablando, con un loco o algo semejante. Luego abrió la boca, para decir algo, pero volvió a cerrar. Y terminó por balbucir:

—¿Qué fue a incrustarse en un libro?

—Exactamente. Puedo estar equivocado… Y le agradeceré que si ve usted al teniente Markham no le diga nada de esto. Lamentaría ser la burla de la sección.

Y Cuando Phillip Kawera salió de la habitación 104 iba temiendo que su hipótesis careciese de fundamento. Había confiado en que Potter dudase y ahora se sentía defraudado. No sabía qué hacer ni qué investigar. Si Potter hubiese dudado cabía alguna posibilidad. Ahora estaba convencido de que Isaac Malpole le diría lo mismo: ¡sólo un disparo!

En el ascensor se dijo:

—¡Qué fastidio; con lo bien que parecía todo…! ¡Y, sin embargo, el maldito tomo de las Leyes Marítimas no está en la biblioteca!

Saludó al pasar delante del sargento Stanley y se detuvo de pronto. Ante el despacho de Markham vio a una trémula figura femenina y escuchó unas voces que le helaron la sangre.

Era Markham quién gritaba, al parecer con alguien que estaba al otro extremo del hilo telefónico.

Se acercó a la asustada Susan y le preguntó:

—¿Qué ocurre, querida?

—No sé, Phil. Pero debe ser algo terrible. El jefe está hablando con el forense acerca de la autopsia de Brian Lazitowsky.

—¡Le digo que es imposible, Morton! —vociferaba Markham—. ¿Me oye bien? ¡Imposible…! ¿Cómo? ¿Quiere usted insinuar que soy un necio? ¡Mire bien lo que dice, doctor; no le consiento a nadie que me hable en ese tono!

Kawera se asomó a la puerta y se encontró con los ojos de Markham que parecían a punto de salírseles de las órbitas. No se atrevió a entrar. Dio media vuelta y dijo a Susan:

—Me voy, hermosa. Ya volveré cuando pase el huracán.

Al dirigirse, hacia el mostrador aún escuchó gritar a Markham:

—¡Vuelva usted a efectuar de nuevo la autopsia avíseme del resultado…! ¡No, no me moveré de aquí, hasta que diga usted su última palabra…! Bueno, retiro lo dicho. Perdón… ¡He dicho perdón!

—Adiós, Stanley —dijo Kawera al sargento—. Volveré pasados los aires.

Pero oyó algo así como el ruido de hierros rotos, al clavar Markham el auricular en la horquilla, y su voz volvió a sonar, tronitosa:

—¡Phil, ven acá, maldito seas!

El joven abatió las orejas y dio media vuelta. A llegar junto a Susan, la cogió del brazo y, a modo de escudo, empleó a la estenógrafa para entrar en el despacho de su jefe.

Markham se había dejado caer en su asiento y se frotaba furiosamente la cabeza. Luego, agarró el «*dossier*» del caso Maxwell y lo lanzó furiosamente contra la pared, para luego ponerse en pie y empezar a pasear arriba y abajo de su despacho, sin prestar atención a los dos jóvenes.

—Bueno, jefe —osó decir Kawera—, ¿no estamos dispuestos a encajar los golpes de la adversidad? Seamos fuertes.

El teniente se volvió, al verse interrumpido en sus cábalas, y fulminó osado con una mirada incendiaria, Su voz sonó arcana, trémula y convulsa:

—¡La ruina, hijo, la ruina! ¡No tengo más remedio que presentar la dimisión!

—¿Qué ocurre? ¿Es que nadie ha matado a Maxwell?

—Eso parece, pues Lazitowsky, que era un asesino que caía como anillo al dedo, ¡ahora resulta que fue asesinado también!

Kawera silbó más por complacer a su jefe que por admiración. En el fondo, no estaba admirado ni mucho menos. Pero aquel giro era interesante y deseaba conocer el resto.

—¿Y pues…? —preguntó, acercándose a su jefe.

—Dice Morton que Lazitowsky cayó al callejón cuando ya llevaba muerto más de media hora… ¡Había sido agredido con algo y tenía destrozado el cráneo! ¡Ya ves si no es para colgar la placa y hasta regalar al ropavejero el uniforme de gala!

Kawera se rascó el mentón.

—¿Qué has hecho todo el día en Cooper Park?

—Fui a comer. Me entretuve un poco… La señora Traver está por encima de su marido, a quien descubrí departiendo misteriosamente con Ivora Lazitowsky. Pero en cuanto me husmearon se apresuraron a desaparecer.

El teniente asió a Kawera del brazo. Por su parte, Susan, la estenógrafa, más sosegada, se sentó ante la mesita y aprestó el oído.

—Robert Traver me contó que Maxwell tenía relaciones con la hija de su socio. Muchas veces les llevó en el «Pontiac» a una casita que el millonario tenía en Great South Bay.

»Es fácil imaginar que Lazitowsky pudo enterarse de estas relaciones y, enojado, matase a Maxwell. La hija, despechada, furiosa y loca, al ver destruido su amor, mata al padre y le arroja por la ventana de su despacho.

Los ojos de Markham brillaban ahora de modo inusitado.

—¡Hijito…! ¿Es verdad todo eso? ¡Dime que sí, Phil; dímelo otra vez! —La voz de Markham era suplicante como la de un niño azotado por su madre que insiste en pedir el tarro de la mermelada.

Incluso Kawera quedó asombrado de lo verosímil que parecía su espontánea versión de los hechos. Había hablado con ironía y sus palabras ni siquiera estaban de acuerdo con sus propias convicciones. Pero la maravilla de Markham le asombró a él mismo.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó, temeroso.

—¡No, hijo, no! Ésa debe ser la solución… La chica hace mucho deporte, es fuerte… ¡Ve ahora mismo a buscarla!

—¿Y si no la encuentro?

—¡La encontrarás! ¡Me estás resultando más listo de lo que yo creía! Tu padre tenía sus dudas, pero yo confiaba en ti.

—Además —siguió diciendo Kawera, llevado por inercia del triunfo—, he descubierto en la biblioteca de Maxwell que alguien se ha llevado un tomo de las Leyes Marítimas, sustituyéndolo por otro de cuentos escandinavos. Yo, a mi vez, disparé contra otro libro y la bala lo atravesó de parte a parte.

—Pero… ¿qué majadería estás diciendo?

—No son majaderías, jefe. Cuando mataron a Maxwell hicieron dos disparos. La primera bala pasó sobre la cabeza del millonario, sin darle, y yendo a estropear un libro. El asesino rectificó y el

segundo disparo mató a Maxwell. Es lógico suponer que retiró el libro estropeado y se lo llevó, poniendo el de los cuentos en su lugar, puesto que son bastante parecidos.

—¿Cuándo has soñado eso? ¿Olvidas que Potter y Malpole oyeron un solo disparo?

—Pues si oyeron uno, el otro debió efectuarse con un arma prevista de silenciador —repuso Kawera, imperturbable.

Allí terminó la paciencia de Markham.

—¡Largo de aquí! ¡Ve a buscar a esa «Víbora» Lazitowsky y no vuelvas sin ella! Tu primera versión me interesa mucho más que la historia de los dos disparos y el silenciador… ¡Estás loco, hijo!

Phillip Kawera no encontró a Ivora Lazitowsky en Newmark Avenue. Por suerte, encontró al tío de Lazitowsky, ya vestido de negro y con el amplificador auditivo puesto, lo que facilitó la charla.

—¿Dónde está su nieta-sobrina? —preguntó el agente, pensando en Alicia Shelwin y consultando el reloj con frecuencia.

—No lo sé. Salió esta mañana y aún no ha vuelto. Es una chica moderna e independiente. Pero creo que en esta ocasión estaría mejor en casa que jugando al tenis por ahí.

—¿A dónde suele ir?

—A cualquier parte… ¿Por qué no pregunta en Forrest Hill?

Kawera preguntó y no estaba. Esto le enfureció, pues no tenía intención de ir hasta Great South Bay, donde existían muchas posibilidades de que la chica estuviera a punto de quitarse la vida o llorando su dolor.

¿Por qué no podía encontrar a Ivora Lazitowsky convertida en cadáver?

Este pensamiento aterró a Kawera. Se estremeció y salió corriendo de la casa, hacia donde había aparcado el «Mercury».

CAPÍTULO IX

En el primer teléfono público que encontró llamó al sargento Stanley.

—Oiga, sargento, ¿está Black por ahí? Soy Kawera.

—Hola… Sí, me parece, que sí. Espera un momento. Un instante después, la voz del agente Black llegó hasta él.

—¿Qué ocurre, Phil?

—Oye, estoy buscando a Ivora Lazitowsky. El viejo cree que ella sabe mucho de todo esto. ¿Quieres hacerme un favor…? Es que tengo una cita con una chica, ¡te lo juro, Blackie! Busca a Ivora por mí. Tengo referencia de que Maxwell tenía un hotelito en Great South Bay. Para no perder tiempo, pásate por Cooper Park y te llevas a Robert Traver. Él conoce el lugar. Si se resiste, le sacudes. Sé de buena tinta que es dócil y manejable. Pero ¡por Dios, no digas nada al jefe! ¿Lo harás, querido?

—¡Me estás tomando el pelo, Phil!

—No, es cierto. Susan puede decírtelo… Además, te ganarás una medalla si capturas a esa muchacha. Si la encuentras, se la llevas al jefe y le dices que yo me caí al mar y que me sacarán la próxima quincena.

Dejó Kawera el teléfono y regresó al coche. Un instante después, conduciendo hacia el Dalmónico, iba silbando un «madison» de moda. Tenía tiempo suficiente para recoger a Alicia Shelwin. Incluso tuvo tiempo para detenerse ante el Marylebone Hotel y saludar a Jimmy Mac Cormick, cuya cara de pocos amigos le hizo recordar una promesa.

—¡Aún estoy esperando que me llames, Phil! ¿Qué te dijo el «viejo»? —inquirió el agente encargado de vigilar a Potter.

—Lo siento, Jimmy. No pude hablarle de eso. Se complicaron las cosas y… —Kawera se interrumpió al ver a Caryl Potter y a su esposa saliendo del ascensor seguidos por un botones cargado de

maletas—. Mira, ahí está tu hombre. ¡Y me parece que ahora se va a terminar tu trabajo! Corre, llama a Markham y pregunta si pueden salir de viaje. Potter me dijo que tenía autorización, pero es mejor asegurarse.

Jimmy se escabulló hacia la garita del teléfono y Kawera se acercó a la pareja que estaban ante el «comptoir».

—Buenas tardes, señores. ¿Ya de viaje?

Potter y su mujer sonrieron.

—Sí —respondió Katy, insinuante, aunque ahora iba vestida con absoluta decencia—. Salimos en el tren de las ocho.

Y un instante después, el jubiloso Jimmy Mac Cormick confirmaba la buena noticia.

—¡Buen viaje, amigo Potter! —exclamó, lleno de júbilo.

—Gracias, amigos —contestó Potter, sonriendo—. Ahora que no tienen que vigilarme pueden irse a tomar unas copas juntos… ¡Ah, olvidaba que el señor Kawera tiene una amiguita con quien salir! ¡Muy bella, a fe mía…! Si desea llevarla a un sitio bueno, amigo Kawera, le aconsejo el «Corso». Katy y yo estuvimos allí la otra noche, Un lugar delicioso, romántico y discreto.

Kawera sonrió y dijo:

—Quizá lo haga. Bueno, me voy. Me están esperando.

Camino del Dalmónico, Kawera se dijo que los Potter eran simpáticos, muy americanos. «Sí, se dijo, llevaré a Alicia al “Corso”, ese club recientemente inaugurado en Broadway».

También rogó para que Black encontrase a Ivora Lazitowsky, pues no tenía deseos de ver la cara que pondría Markham al día siguiente si no comparecía alguien con la hija del fallecido financiero.

Y minutos después, con el mismo vestido de tarde, cosa que hizo fruncir el ceño a Kawera, Alicia Shelwin descendió al vestíbulo del Dalmónico. Pero era tan radiante su expresión que Kawera olvidó el detalle del atuendo.

Sólo se conocían de unas horas, pero parecían los mejores amigos del mundo cuando subieron al «Mercury» que Kawera, con aceradas mejillas, utilizaba para todo cuanto le venía en gana.

En primer lugar dieron un paseo por la ciudad. En cada embotellamiento de tráfico, él aprovechaba para besarla y ella reía, divertida y radiante.

Cuando, al fin, acordaron ir a cenar a un modesto restaurante de la Calle Catorce, ella dijo:

—Te conozco sólo de hoy, Phil, y a tu lado soy la mujer más feliz del mundo. ¿Me quieres de verdad o eres un consumado conquistador?

Él sonrió, la volvió a besar y luego la ayudó a bajar del coche.

—¡Te quiero!

Alicia se había olvidado de «Dead Plain» y de su precaria situación. En compañía de Kawera la existencia le parecía un sueño. Y la cena fue de una intimidad llena de ternura, donde el diálogo fluía con absorbente facilidad.

—Luego te llevaré a conocer un club nocturno —prometió Phillip—. Necesitarás un vestido de noche, pero podemos alquilar uno. ¿No te importa ponerte un vestido usado?

—¡Oh, Phil…! ¿Es preciso?

—Sí, es preciso.

Ella accedió, por no contrariarle, y convinieron en ir al «Corso». Luego darían un paseo en automóvil hasta White Plains, a lo largo del río. Y si se les hacía de día por el camino, ya tendrían ocasión de dormir al día siguiente.

Alicia aceptó encantada todas las sugerencias de él y poco después, salían del restaurante, muy abrazados, camino de donde tenían aparcado el «Mercury».

Un corto viaje les condujo a una tienda que Alicia tomó, al principio, por una tintorería. Ya estaba cerrado, porque eran más de las nueve y media. Pero un curioso individuo, mezcla de oriental y filipino, les abrió la puerta refunfuñando. Más cuando reconoció a Kawera cambió la expresión de su asiático semblante y se convirtió en la amabilidad personificada.

Facilitó a la muchacha un vestido azul, con lentejuelas, que aseguró ser un reciente modelo de París, y no quiso cobrar nada por el alquiler. Dijo:

—El señor Kawera me hizo un favor en cierta ocasión… ¡No hago más que corresponder!

Alicia fue al tocador y salió a los pocos minutos completamente transformada. Su aparición fue de ensueño para Kawera, quien fumaba impaciente en la tienda.

—¡Gracias, señor, por enviarme a un ángel!

La muchacha le echó los brazos al cuello y le besó delante del oriental.

Al llegar al «Corso», un empleado se hizo cargo del «Mercury», llevándolo al garaje particular del establecimiento, instalado en el sótano.

Ésta era una de las más insignificantes ventajas de aquel moderno local. Habían muchas más, y en especial, la disposición de su sala central de espectáculos, indicadísima para enamorados, que estaba dispuesta de tal forma, en una especie de reservados, que permitía ver el espectáculo de la pista y salir a bailar si lo deseaban, sin que pudieran ser observados. La discreción era el lema del local. Los mismos clientes se encargarían de ser honestos.

Y, sin duda, Alicia y Phillip Kawera pasaron allí dos horas deliciosas.

Al fin, después de haber visto y oído a los violinistas húngaros, algo verdaderamente excepcional y que actuaban por última vez, ya que marchaban al día siguiente a Buenos Aires, la enamorada pareja decidió ir a dar un paseo a lo largo del río.

Al salir a la puerta encontraron el «Mercury» esperándoles.

—Bonito lugar, ¿verdad? —preguntó Kawera cuando Alicia se sentó junto a él.

—Maravilloso —contestó ella, poniendo su cabeza sobre el hombro de él.

Apenas si notaron, al poner el coche en marcha, el olor a monóxido de carbono que había en el interior del coche. Tampoco notaron que las ventanillas estaban cerradas. Eran felices y la noche era fresca. Además, habían bebido y sentían turbias las mentes.

Por esto, ignorando el ardid que una mano criminal había preparado contra ellos, se alejaron del «Corso», camino de la costa. Y, poco después, empezaron a sentir los efectos de la narcosis.

Acababan de salir de la ciudad e iban a más de sesenta.

La primera en mostrar síntomas extraños fue Alicia, quien dijo:

—¿De veras me quieres, Phil…? Yo te quiero mucho… te quiero mucho, mi… vida.

Phil la besó rápidamente. Y cuando volvió a mirar el asfalto de la carretera, pareció notar que los faros debilitaban su luz. Sacudió la cabeza, como para espantar los espíritus del champaña. Notaba la mente turbia.

Se pasó la mano por la frente y entonces sintió el primer vómito. Hizo un esfuerzo y se contuvo.

Alicia rodó en aquel momento sobre sus piernas. Movió, aterrado, el volante porque había visto, como entre nieblas, precipitarse hacia él un pretil metálico de la carretera, y apenas tuvo energías para apretar el freno.

La angustia era sofocante. El gas que inundaba el cerrado coche estaba produciendo su efecto criminal, pero Kawera hizo un postrero esfuerzo. ¡Tenía que vencer el sopor, era preciso dominarse!

El coche estaba parado ahora, pero Phillip Kawera no veía ni el emblema de la policía pintado en el parabrisas. Abrió la portezuela unos centímetros antes de perder el conocimiento. Luego, cayó junto al vehículo.

Así estuvo no supo cuánto tiempo. Pero se habían salvado. El aire fresco de la noche penetró dentro del coche y restableció el funcionamiento de sus pulmones. Alicia también fue vivificada por el oxígeno salvador y, poco después, respiraba casi normalmente.

Un turismo que pasó a los pocos minutos vio el «Mercury» a un lado de la carretera, con el guardabarros aplastado contra el pretil y sus ocupantes creyeron, no sin fundamento, que había habido un accidente.

Los dos oficiales del Ejército que viajaban en él salieron rápidamente a socorrerlos. Esta ayuda y un frasco de *brandy* sirvieron para reanimar a la pareja.

—No debían beber llevando un coche —les reprochó uno de los oficiales—. Menudo susto nos han dado. ¡Han podido matarse!

—No sé lo que ocurrió, señores… Les agradezco mucho…

—¿Quieren que les llevemos a la ciudad?

—No, no, por favor. No se molesten —reiteró Kawera—. Ya estamos bien.

Los militares vieron que su ayuda ya no era necesaria y se alejaron. Luego, Kawera se levantó y examinó el coche. Con ayuda del encendedor, pronto descubrió el tubo de goma que surgía del tubo de escape y penetraba por un agujero practicado en el piso del portaequipajes, de donde habían retirado un tornillo.

¡Allí estaba la explicación!

—¡Demonios, muy ingenioso! —exclamó Kawera,

estremeciéndose—. Alguien ha querido matarnos, Alicia, no se le ha ocurrido nada mejor que llenarnos el coche de gas.

Alicia comprendió y sintió un escalofrío.

—¡Loado sea Dios! ¿Quién ha querido hacer esto?

¡Tuvo que ser en el garaje del «Corso»!

—Sin duda —replicó Kawera—. Y ahora mismo vamos a volver allá. Alguien lo va a pagar caro.

Arrancó con furia la goma homicida y la arrojó dentro del portaequipajes. Un instante después corrían de regreso a la ciudad como una exhalación.

A pesar de lo tardío de la hora, en el amplio vestíbulo del «Corso» había mucha gente y un alboroto inusitado. De todo esto se enteró Kawera al descender del deteriorado «Mercury» y escuchar voces airadas.

El portero de uniforme no estaba en la entrada.

—¡Algo ocurre ahí! —dijo Kawera a su acompañante—. Espera aquí. No te muevas.

Fue hacia la entrada, de donde salían las fuertes voces y algunos gritos.

En aquel instante, una mujer salió corriendo. El encontronazo con Kawera fue fuerte. Pero el joven ahogó una exclamación al reconocerla.

¡Era nada menos que Ivora Lazitowsky!

Phillip Kawera vio más cosas aún dentro del vestíbulo. En agitada confusión, varios camareros sujetaban férreamente a un hombre, al parecer enfurecido y con el rostro descompuesto, a quien Kawera identificó al instante como el chófer-mayordomo de Robin Maxwell Robert Traver.

¡Y, en el suelo, sin sentido, estaba el agente Black!

La acción de Kawera fue rápida y contundente. Primero atenazó a Ivora Lazitowsky y la llevó al «Mercury», donde la metió de un empujón, a la vez que decía a Alicia:

—Aly, cuida que no escape esta chica… ¡Ten cuidado!

Luego, se lanzó en tromba hacia el vestíbulo, donde se enfrentó a Robert Traver, contra cuyo mentón lanzó el puño con impresionante eficacia.

Robert no podía defenderse, sujeto como estaba de pies y manos, pero al recibir aquel golpe demoledor sufrió tan violenta

contracción que apartó a sus opresores en todas direcciones.

Sin embargo, ya estaba en las insondables regiones del etéreo, porque sus ojos giraron sin conexión, lanzó un rugido cerril, y terminó cayendo al suelo como un toro de lidia hábilmente apuntillado.

CAPÍTULO X

El teniente Markham no estaba en su despacho. Pero el sargento que sustituía a Stanley durante la noche tenía órdenes de llamarle si aparecía Kawera, según rezaba en un bloc de notas.

Ésta fue la primera sensación de tragedia que sintió el joven detective después de haber estado a punto de morir asfixiado en el interior del coche cuando intentaba dar un romántico paseo.

—¿Qué dijo el jefe?

—Me dijo que si aparecía usted por aquí le encerrásemos en el calabozo de los locos homicidas.

—¿Eso dijo? —preguntó Kawera, estupefacto.

—Sí —contestó el sargento, muy serio, mirando hacia donde estaba el grupo compuesto por el agente Black, Ivora Lazitowsky, Robert Traver y Alicia Shelwin, esta última cubriendo su traje de lentejuelas con un abrigo.

—Pero… ¡Mal rayo me parta! —rugió Kawera.

El sargento llamó a Markham.

—¿El teniente Markham…? Sí, aquí está Phil. —En el auricular se oyó un rugido y el sargento lo retiró rápidamente de su oído, tendiéndoselo al joven, quien lo tomó con mano trémula.

Y, cosa insólita, la voz de Markham sonó suave en sus oídos:

—¡Gracias a Dios que te encuentro, hijo! ¡Me has tenido muy preocupado! No te muevas de ahí. Voy inmediatamente.

—Oiga, teniente, ¿qué le ocurre? ¿Es de veras usted?

—Sí, soy yo. ¿Por qué…? Por favor, no te muevas de allí y no te enojes conmigo. ¡Recuerda que tu padre y yo fuimos amigos!

—¡Hum! —Kawera se hurgó en el oído.

—Dime, Phil, hijo mío —continuó diciendo, meloso, Markham —. Lo de los dos disparos en la biblioteca de Maxwell, ¿lo soñaste o te lo contó alguien?

—Me lo inventé yo, jefe. Pero escuche. Ha sucedido algo más. —

En breves palabras, Kawera explicó a Markham por teléfono su aventura con Alicia Shelwin y el intento de asesinato por monóxido de carbono de que habían sido objeto—. Cuando me repuse, volví a «Corso» y me encontré con Black sin sentido y la pareja Robert Traver-Ivora Lazitowsky que habían promovido un alboroto. Los he traído a todos aquí.

Ahora, el tono de Markham cambió, haciéndose rudo.

—¡Te has precipitado, Phil! Eres un atolondrado, pero te perdono porque tus estupideces nos están llevando a una increíble verdad. —Horace Markham hizo una pausa y luego continuó—: Black, siguiendo tu ruego, fue a Cooper Park a buscar a Traver para que le llevase al hotelito de Great South Bay.

»Tu teoría no dio resultado, porque Ivora Lazitowsky no estaba allí. Black se enfadó contigo y vino a verme, dándome el "soplo" de tus andanzas Por eso di a Black órdenes de continuar la búsqueda. Pero como no la conocía, hubo de hacerse acompañar por Traver. Esto es lo que sé.

Kawera se había ido hundiendo lentamente mientras escuchaba. Su mirada, sumida, vagó hacia donde estaba el furioso Robert Traver.

Ahora lo comprendía todo y lamentaba no haber escuchado al chófer-mayordomo cuando recobró el sentido, ya que el agente Black se había recuperado al llegar a Center Street.

—Lo que interesa ahora es volver a empezar desde el nuevo punto de vista de la pistola con silenciador —continuó diciendo Markham por teléfono.

—¿Eh, cómo?

—Sí. Ignoro si lo dijiste en serio o en broma. Pero pensé en ello y comprendí que únicamente podía ser así. Dos disparos, uno de los cuales inutilizó un libro y el otro mató a Maxwell.

»El silenciador amortigua mucho la fuerza del proyectil… ¡Y ésta es la razón por la que no atravesó la cabeza a Maxwell…! Como tampoco el libro de la estantería. ¿Comprendes, hijo?

»Estuve pensando en todo eso y examiné de nuevo la pistola. Hice dos descubrimientos significativos. Primero, que con ella habían utilizado un silenciador. Eso es evidente pues en el cañón se aprecian huellas de la abrazadera. Es de un tipo "Stack", como el que utilizaron en la guerra algunos comandos de los Servicios

Especiales. También comprobamos que se habían disparado tres balas recientemente.

—Siga, jefe, por favor.

—Esas tres balas pueden ser: una, la que rompió el libro desaparecido, al asustarse Maxwell y caer sentado; otra, la que le mató… ¡Ambas disparadas con el silenciador! ¡Y la tercera, la que oyeron, disparada sin silenciador, Caryl Potter y Malpole!

—¡Exactamente! —exclamó Kawera, lleno de entusiasmo.

Markham llegó a su despacho media hora después. Saludó a todos cordialmente y estrechó la mano a Kawera con efusión inesperada. En aquel momento, Robert Traver explicaba su aventura:

—El agente Black y yo recorrimos medio Nueva York, desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada. No buscábamos sólo a la señorita Lazitowsky, sino a usted también, señor Kawera. Yo no iba muy a gusto, pero quería cooperar con la policía Creo que no dejamos *cabaret*, club o sala de fiestas sin registrar.

»Al fin, mientras yo esperaba en el vestíbulo "Corso", el agente Black encontró a Ivora Lazitowsky y la sacó sin contemplaciones. Algunos camareros salieron detrás y ella pidió socorro. Se armó una trifulca y en esto llegó usted, pegándome cuando me sujetaban. Me desperté en el coche, camino de aquí.

Kawera se disculpó con Traver y luego interrogó a Ivora.

—¡Yo puedo hacer lo que me venga en gana! —exclamó la tenista—. ¡Y puedo frecuentar los clubs que se me antojen! ¿Qué quería que hiciese al verme arrastrada de mi mesa por este estúpido policía?

Black se mordió los labios.

—¿Y qué hacía usted en el «Corso»? —insistió Kawera—. ¿Acaso fue usted la que puso un tubo de goma en el escape de mi coche?

—¿Qué dice usted? —La sorpresa de Ivora no era fingida—. Estuve con un amigo. Pero mis infortunios le aburrieron y se marchó. Toda la culpa la tiene el suicidio de mi padre.

»Esta misma mañana, al enterarme por usted de lo sucedido, fui a ver a Traver. Era preciso que no dijese nada a nadie de mis relaciones con Maxwell. No tengo más remedio que casarme con alguien de mi posición y una aventura me perjudicaría.

»Supongo que sabrán ustedes que el dinero de Robin mantenía a mi padre. Muerto él, mi padre estaba hundido. Quizá por esto se quitó la vida. Y su muerte, en tales circunstancias, disipa la posibilidad de cobrar yo el seguro que él tenía concertado.

—Siento decirle, señorita Lazitowsky —intervino Kawera—, que su padre no se suicidó. ¡Fue asesinado! Y creemos que le mató el mismo que asesinó a Robín Maxwell.

Black se encargó de comprobar la declaración de Ivora Lazitowsky, especialmente, la parte relativa al intento de asesinato de Kawera. Fue a ver a un conocido «sportman», que había estado con la muchacha en el «Corso», el cual manifestó:

—¡Ivora estuvo conmigo desde las siete hasta las doce!

Esto la descartaba por completo. En cuanto al interés que pudiese tener la muchacha en la muerte de Maxwell o de su padre, también se descartaba por diversos motivos.

—Cuando mataron a Robin, yo estaba en Florida de donde llegué al enterarme de su muerte. ¿Y cómo iba yo a matar a papá?

El forense confirmó aquella misma mañana que Brian Lazitowsky había muerto antes de ser arrojado por la ventana. Le habían machacado el cráneo con un pesado objeto metálico.

Cuando todos se marcharon, Kawera y Markham se enfrentaron con la situación ante sendas y bien cargadas tazas de café.

—La situación está confusa, Phil. Pero no es, ni mucho menos, desesperada. Sabemos cómo se mató a Maxwell y hoy mismo averiguaremos de qué forma mataron a Lazitowsky…

—Lo que necesitamos saber es quién lo hizo —atajó Kawera.

Kawera estaba tan desorientado como su jefe. Por su mente habían pasado infinidad de datos, nombres y conjeturas, pero ninguno de ellos le servía de mucho. En realidad, el caso estaba más confuso que nunca.

—Bueno, muchacho —dijo Markham—, será mejor que te vayas a dormir. Lo necesitas.

Aquella tarde, después de lavarse, afeitarse y vestirse, Kawera se fue al Dalmónico Hotel. Quería ver a Alicia antes de ir al despacho de Markham.

El obsequioso conserje le dijo que la muchacha de Phoenix estaba en su habitación y que sólo había salido para devolver un vestido de noche. Luego volvió y pidió la comida en su habitación.

El conserje estaba bien enterado de todo.

Subió, pues, Kawera al primer piso y llamó a: puerta de la habitación número 20. Le abrió Alicia quien al verle, le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, Phil, cuánto me alegro de verte de nuevo! Estoy muy asustada, después de lo que pasó anoche.

Kawera, más feliz de lo que puede sentirse un hombre en semejantes circunstancias, besó a la muchacha y la levantó en brazos. Cerró la puerta con el pie y llevó a la chica hasta un sillón, donde se sentó, poniéndola en las rodillas.

—En cuanto termine este asunto, amor, te dedicaré un par de semanas. Ya casi tenemos al asesino en la jaula.

—¡Oh, mi vida…!

Él le cerró la boca con un beso. Y así estuvieron uno contra el otro, amándose con toda la fuerza de sus corazones jóvenes.

Ni siquiera se dieron cuenta de que anochecía. Se habían olvidado de todo, ¡y no era para menos!

¡Y ninguno advirtió que la ventana se iba abriendo pulgada a pulgada, y un grueso cañón de pistola les estaba apuntando!

La ventana daba a una escalera de incendios y al misterioso individuo de la pistola con silenciador no le había sido difícil trepar por ella y abrir silenciosamente la ventana.

Todo esto lo ignoraba Kawera, como ignoraba que él no era la víctima, ¡sino Alicia Shelwin, cuyo intento de asesinato la noche antes por medio del monóxido de carbono había fracasado!

Y, en aquel momento, en brazos de Kawera, la muchacha no se dio cuenta de que el arma apuntaba a su espalda, ni que un dedo enguantado se crispaba sobre el gatillo.

—¡Te quiero, Aly! —musitó Kawera con voz entrecortada y jadeante—. ¡Te quiero con toda mi alma!

Pese a sus palabras, el joven arrojó a la chica al suelo.

—¡Eeeeeh!

La exclamación quedó cortada por un apagado «plop» procedente de la ventana, al mismo tiempo que Kawera, al ladearse bruscamente, se situaba en la trayectoria de la bala y giraba sobre sí mismo, llevándose la mano al hombro.

La realidad fue que los reflejos de Kawera actuaron instantáneamente. Había visto el arma en el momento de ser

disparada; por esto arrojó a la chica al suelo.

Una imprecación ahogada siguió al disparo. Luego, varios «plops» seguidos enviaron cinco balas dentro de la estancia, esta vez, por fortuna, sin objetivo vital, gracias a la precipitación del asesino.

Kawera, con una mano en el hombro herido, saltó hacia la ventana, a tiempo de ver una sombra desaparecer velozmente por la escalera de incendios. Sin vacilar, se lanzó fuera, rompiendo cristal y marco.

Alguien gritó en el piso de arriba.

Kawera se levantó y se inclinó sobre la barandilla, viendo correr a un hombre después de haber saltado los últimos peldaños de la escalera.

—¡Alto o disparo! —gritó.

El otro no le hizo caso, corriendo por debajo de él hacia la salida del angosto callejón. Y el policía no lo pensó dos veces. La altura del primer piso era bastante considerable, pero él se arrojó por encima de la barandilla de hierro.

De haberle fallado el salto, se habría podido matar contra el suelo. Más calculó bien, comprendiendo que de lo contrario, se le escaparía el agresor, y cayó con precisión casi matemática sobre sus hombros.

Ambos rodaron por el suelo.

El otro se debatió, levantándose primero. La oscuridad impedía verle el rostro, además de que llevaba el cuello del abrigo subido y el sombrero sobre los ojos.

Arriba, Alicia se asomó a la ventana y gritó desaforadamente.

Por otro lado, Kawera quedó medio aturdido del golpe, y, como estaba herido, apenas pudo revolverse ante la acometida del otro, quien golpeó con ambas piernas arrojando a Kawera violentamente hacia atrás.

El joven sintió faltarle el aire en los pulmones. Braceó, para no perder el equilibrio, pero el otro, viéndose acorralado, no vaciló en emplear la pistola a modo de maza.

El porrazo en la frente le hizo perder a Kawera el conocimiento y cayó de rodillas al suelo. Esta coyuntura la aprovechó el asesino para dar media vuelta y salir corriendo.

Entonces, desde el primer piso sonó un disparo.

El hombre que huía vaciló, quiso agarrarse al aire y terminó por caer pesadamente al suelo, en donde quedó tendido como Kawera.

¡Alicia Shelwin había hecho un solo disparo con el pequeño revólver que años atrás le regalara su padre en «Dead Plains», y el agresor de Kawera recibió el fiero impacto del certero plomazo que le atravesó la espalda!

Kawera despertó unas horas más tarde en la enfermería del cuartel general de la policía, ante el rostro poco expresivo del doctor Morton. A un lado estaba la torosa Alicia Shelwin, a quien sostenía Horace Markham.

—¡Ha vuelto en sí, teniente! —oyó decir a la muchacha.

—¡Cállese! —la replicó Markham—. Me prometió no decir nada. Por eso la dejé venir.

—¡No quiero que muera sin decirle que le amo! ¡Arriesgó su vida por salvar la mía…!

Kawera miró a la muchacha y esbozó una débil sonrisa.

—No temas, Aly —murmuró—. No moriré de ésta.

—Has tenido más suerte que el otro —dijo el doctor Morton—. Y gracias a que pudimos aguantarle un poco para poder grabar su declaración en cinta magnetofónica.

Markham se acercó a la mesa-camilla. Alicia se abrazo a él y el teniente exclamó:

—¡Basta de sensiblerías! ¿No ves que le vas a matar, hija? ¡Vaya una salida a través de la ventana, Phil! Los huéspedes del Dalmónico aseguran que ni Tarzán salta como tú lo hiciste… ¡Como no te den una medalla por este servicio presento la dimisión!

Kawera no prestaba atención. Pensaba en la lucha entablada en el callejón. Por este motivo, sin hacer caso de las caricias de la muchacha enamorada, preguntó:

—Pero… ¿quién era?

—¿Es que no le viste? —preguntó, asombrado, Markham.

—¡No, voto a mil crisantemos!

—Pues agárrate fuerte —respondió Markham, enfático—. El que menos podíamos creer… ¡Nada menos que nuestro buen amigo Caryl Potter…! Y, bien mirado, ¿quién otro podía ser? Me lo confesó todo antes de morir. Tuvimos tiempo de grabarlo todo en cinta magnetofónica.

»Cuando estés bien podrás oírla. Es algo que hará Historia en los

anales del crimen.

—¡No hable ahora de eso, teniente! —suplicó Alicia—. Déjeme a solas con él.

—¿Tanto le quieres, muchacha?

—¡Con toda mi alma!

Markham empujó el botón del magnetófono y se oyó un zumbido, seguido de una voz.

—Me muero, teniente… Y creo que un jugador debe saber perder. No me queda mucho tiempo y deseo limpiar mi conciencia ante usted y ante Dios…

»Me acuso de haber matado a Robin Maxwell, a Brian Lazitowsky y a un hombre llamado "Pancho" Suárez, que fue quien me reveló la existencia de mineral de iridio y platino en el rancho perteneciente a la señorita Shelwin.

»Aquél era el mejor negocio con que había tropezado en mi vida. El mejicano me propuso matar a la muchacha y quedarnos con la tierra. Pero todo esto requiere un trámite legal. Por eso eliminé a Suárez y le enterré entre el mineral de platino. Luego, vine a Nueva York a ver a mi socio, Robin Maxwell.

»Le expliqué el asunto y aceptó comprar el terreno por doscientos mil dólares. Me dio a cuenta una cantidad y regresé a California, donde estaba Katy, mi esposa, a quien no podía hacer partícipe de mis intenciones por ser morfinómana.

»Fue allí, en casa, donde ideé el plan para deshacerme de Maxwell y apoderarme de los doscientos mil dólares destinados para la compra del terreno.

»Pues bien, me trasladé a Phoenix y desde allí comuniqué a Maxwell que el trato estaba casi hecho y que a cambio del dinero me darían la escritura. Pero como en realidad estábamos estafando a Alicia Shelwin, le hice comprender que era preciso ser cautelosos. Propuse ser el comprador oficial, para lo cual firmaría un contrato previo, que le llevaría el domingo por la noche, cuando fuese a buscar el dinero.

»También dije a Maxwell por teléfono que hiciera salir a sus sirvientes de la casa, para que nadie pudiera relacionarnos en ningún momento. El asunto de la estafa a la muchacha de Phoenix podía armar ruido y no convenía mezclar su nombre en nada.

»Maxwell tenía confianza en mí e hizo cuanto le dije. Entonces

empecé a preparar el plan. Un par de zapatos viejos me sirvieron para imprimir huellas de mujer. También tomé una pistola a la que puse el silenciador y telefoneé a Chicago, pidiendo que tuviesen preparado un avión particular para cuando yo llegase en el expreso de San Francisco.

»Tomé el tren con Katy e hice las cosas del modo siguiente: Minutos antes de salir de la estación de Chicago, administré a Katy una fuerte dosis de morfina y la encerré en el departamento. Luego, bajé del tren y tomé el avión que me esperaba. Aterrizamos a las seis y media en Idlewild, en donde me aguardaba un coche que me llevó a Cooper Park.

»Me dirigí a la biblioteca, con mis falsos zapatos puestos, y sorprendí a Maxwell, que no me esperaba tan pronto. Eran exactamente las siete y diez minutos.

»El agente Kawera me sorprendió ayer con lo de los dos disparos. ¿Cómo pudo averiguarlo? Pero ya no importa. Iré por orden. Maxwell esquivó mi primer disparo y me vi obligado a disparar otra vez. Me di cuenta de que había estropeado un libro y tuve que sustituirlo por otro igual de tamaño. Pero como tenía el tiempo justo para regresar a Paterson, donde tomaría de nuevo el tren para llegar a Nueva York, junto con mi esposa; obré aceleradamente, buscando la llave de la caja y tomando el dinero que Maxwell tenía destinado para mí.

»Dejé a Maxwell lo más cerca posible de la chimenea para que el calor mantuviese caliente el cuerpo para cuando fuese examinado por el forense. Luego, salí corriendo, tras romper un vaso, y regresé al coche que me esperaba a prudente distancia para no infundir sospechas.

»En él volé hacia Paterson, en donde aún tuve que aguantar unos minutos a que llegase el expreso de Chicago. Encontré a Katy, como yo esperaba. No se había despertado aún.

»La zarandeé y la desperté. A las siete y media llegamos a Nueva York. Ella no sospecharía nunca que había viajado sola la mayor parte del trayecto.

»En Grand Central Station tomamos un taxi, dejamos a Katy en el Marylebone Hotel y me hice llevar a toda prisa a Cooper Park.

»Yo, previamente, había dejado abierta la puerta del vestíbulo y cerrada por dentro la de la biblioteca. Pretendía que el taxista fuese

mi mejor testigo, pues nada más hice pisar el vestíbulo a oscuras, disparé con la pistola sin silenciador, pero envuelta en un pañuelo para amortiguar algo el estampido, y la bala salió por la ventana.

»Regresé a la puerta, guardada la pistola y fingí miedo. No me preocupaban las huellas porque luego había de fingir haberla encontrado en la terraza. Y también hice creer a Malpole que había visto huir a una mujer.

Con el miedo que le infundí, el infeliz creyó todo lo que dije.

»Los zapatos de doble suela, que había ocultado en el coche alquilado, los puse luego en el “Cadillac” de Lazitowsky, el cual se buscó él mismo la muerte.

»Al parecer, estaba enterado de mis tratos con Maxwell y, aunque no podía acusarme de nada, me habló del negocio que yo pensaba explotar solo. Así decretó su sentencia de muerte. Fingí aceptar sus manejos y me dijo que él llevaría personalmente la compra de las tierras de Alicia Shelwin.

»Para matar a Lazitowsky le pedí una entrevista en privado. Me citó a solas en su despacho a las seis y media. Yo había estudiado detenidamente el lugar, gracias al escaso interés que el agente Jimmy Mac Cormick ponía en seguirme, y, provisto de un sedal de pesca, me fui a Wall Street.

»Antes de subir a hablar con Lazitowsky hice una operación. Durante dos o tres días, había observado que la ventana de enfrente del despacho de Lazitowsky se cerraba, invariablemente, a las siete en punto. Era la oficina de un abogado.

»Subí, pues, allí, y me recibió la muchacha que cerraba la ventana siempre a la misma hora. Ella fue a hablar con su jefe y yo me precipité hacia la ventana y atornillé, rápidamente, un gancho, en el que até un sedal con anzuelo que llevaba preparado. Fue cuestión de segundos hacer mi trabajo y dejar colgando el hilo que luego debía pescar desde la ventana del despacho de Lazitowsky.

»Al poco salió la muchacha y me hizo pasar a ver al abogado, con quien abrevié todo lo posible, explicándole una fábula, y quedando para una entrevista posterior.

»Salí exactamente a las seis y media. Luego, subí al despacho de Lazitowsky, utilizando la escalera de servicio para no ser observado, y fui al encuentro de mi víctima, a quien golpeé con el águila de bronce que le servía de tintero. Hube de limpiar la tinta con

cuidado y no dejar la menor huella.

»Una vez estuvo muerto a mis pies, abrí la ventana y lancé otro sedal que llevaba en el bolsillo y no tardé en pescar el que colgaba de la ventana del abogado. A continuación, coloqué el cadáver de Lazitowsky, cuya herida no sangraba mucho, recostado en el alféizar, pasándole el sedal por debajo del cuerpo, tenso y dispuesto de forma que, a la menor presión del hilo sujeto a la ventana de enfrente, haría caer el cuerpo. No necesitaría la mecanógrafa del abogado mucha fuerza, pues a mi estuvo a punto de caérseme al callejón.

»Así, cubriendo el cuerpo con los visillos, y con la luz apagada, nadie notaría nada. Todo quedó limpio y en orden. Luego, salí y fui a verle a usted, teniente. Intentaba una charla cualquiera hasta que diesen las siete, hora en que Lazitowsky caería a la calle. De este modo me proporcionaba una nueva coartada. Si se descubría el crimen —pues yo calculé que podrían atribuirlo a suicidio, y para eso dejé los zapatos en su coche—, nadie podría acusarme de nada.

»Todo sucedió como yo había previsto. La mecanógrafa cerró su ventana y Lazitowsky cayó a las siete en punto. La chica no se dio cuenta de nada y el sedal quedó colgando.

»Luego, al acompañarle a usted, fingí aturdimiento y me fui rápido para examinar si en la ventana de Lazitowsky había quedado alguna huella de sangre. No viendo nada, me escabullí antes de que ustedes subieran y fui al edificio de enfrente. Con una llave falsa entré en el despacho del abogado y retiré el gancho y el sedal. Por cierto, usted estuvo a punto de verme.

»Terminada mi misión, debía regresar a Phoenix y entenderme con la señorita Shelwin. Pero me desconcertó verla aparecer aquí al día siguiente de morir Lazitowsky. Sin embargo, creí que el destino me ayudaba.

»Por esto fingí irme en el tren. Y lo que hice fue quedarme y seguirla. Así, mientras ella y Kawera estaban en el “Corso” coloqué el tubo de goma en el escape, creyendo que sería suficiente para liquidarlos a los dos. Pensaba seguirlos y, donde se estrellaran, quitar la goma del escape y abrir las portezuelas. El “accidente” podría ser perfecto.

»El plan no dio resultado y hube de precipitar los acontecimientos. Así, hoy, decidí actuar por medios directos, para

no fallar. Kawera podía seguir viviendo, pero Alicia Shelwin tenía que morir y ya me las compondría para quedarme con su rancho…

»Eso es todo, teniente… El joven Kawera pudo más que yo y aquí me tiene, en el umbral de la muerte, con un pasaje para el infierno… Lo siento, teniente. Debí comprender que los mejores proyectos fallan por el lado más débil…

—Potter murió, sintiéndose muy desdichado… ¡Y habrás podido oír, hija mía, que todo giraba en torno a la riqueza en platino que existe en tu rancho de «Dead Plains»! —Markham sonrió a la muchacha.

Alicia se alegró lo indecible al saber esto y más sabiendo que Phillip Kawera estaba ya fuera de peligro. ¿Qué más podía desear?

Lamentaba que todo hubiese ocurrido por causa de sus estériles tierras. Pero procuraría olvidarlo y anhelaba volver a los brazos de su único y verdadero amor.

A un lado, sentado en una silla, el brazo en cabestrillo, estaba Phillip Kawera. Detrás de él estaba el agente Black, quien dijo:

—Desde luego, muchacho. Has demostrado ser un valiente policía.

—Voy a pedir la excedencia —contestó Kawera, muy serio, mirando aún el magnetófono.

Markham vio disiparse sus ilusiones de casar a su hija Doris con el apuesto Kawera. Sin embargo, sonrió para sus adentros. Ya encontraría otro. El porvenir del joven, en Phoenix, era lo más importante.

¡Y se dijo que, tal vez, Jimmy Mac Cormick fuese un buen partido para su hija Doris! En voz alta preguntó:

—¿Dónde está el bueno de Jimmy?

Sólo Kawera captó el verdadero significado de aquella pregunta. Y se estremeció, compadeciendo a su compañero.

Luego, Markham dijo:

—Vas a ser un personaje importante, Phillip. Cásate con Alicia Shelwin y yo seré el padrino de boda.

—¡Sí, sí! —exclamó la muchacha.

Kawera, como siempre que alguien le hablaba de casamientos, no respondió. Pero intuyó que en aquella ocasión Alicia iba a conseguir lo que no habían conseguido otras… ¡Y era que no podía olvidar los besos que intercambió con ella! ¡Nadie los había

superado!

¿Qué podía valer un yacimiento de platino comparado con el amor de Alicia?

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain